



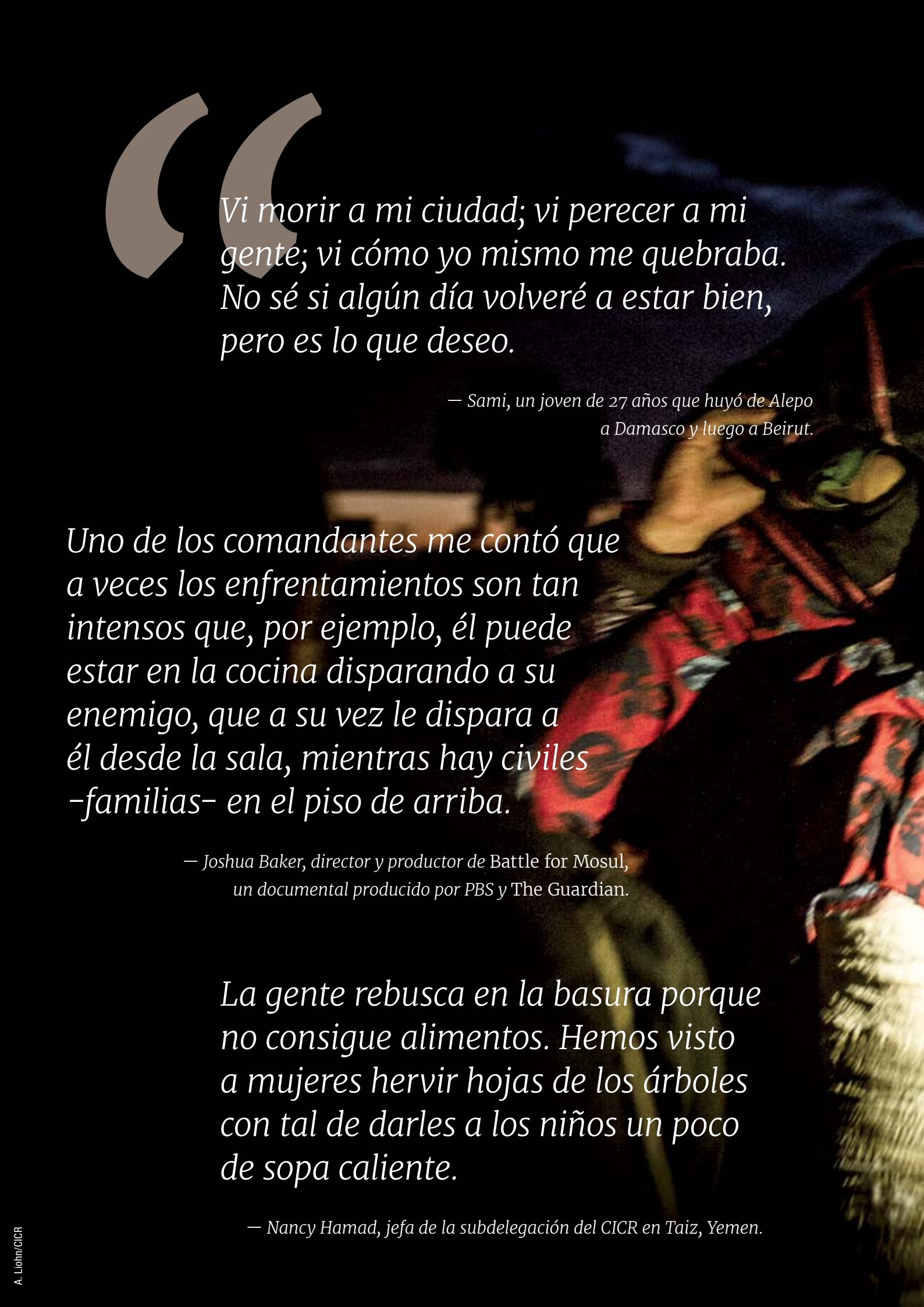
“VI MORIR A MI CIUDAD”

VOCES DESDE EL FRENTE DE LOS CONFLICTOS URBANOS EN IRAK, SIRIA Y YEMEN



EN ESTE INFORME ESPECIAL DEL COMITÉ INTERNACIONAL DE LA CRUZ ROJA (CICR), SE DESCRIBEN LAS DESGARRADORAS CONSECUENCIAS HUMANAS DE LA GUERRA URBANA MODERNA EN TRES PAÍSES DE ORIENTE MEDIO.





Vi morir a mi ciudad; vi perecer a mi gente; vi cómo yo mismo me quebraba. No sé si algún día volveré a estar bien, pero es lo que deseo.

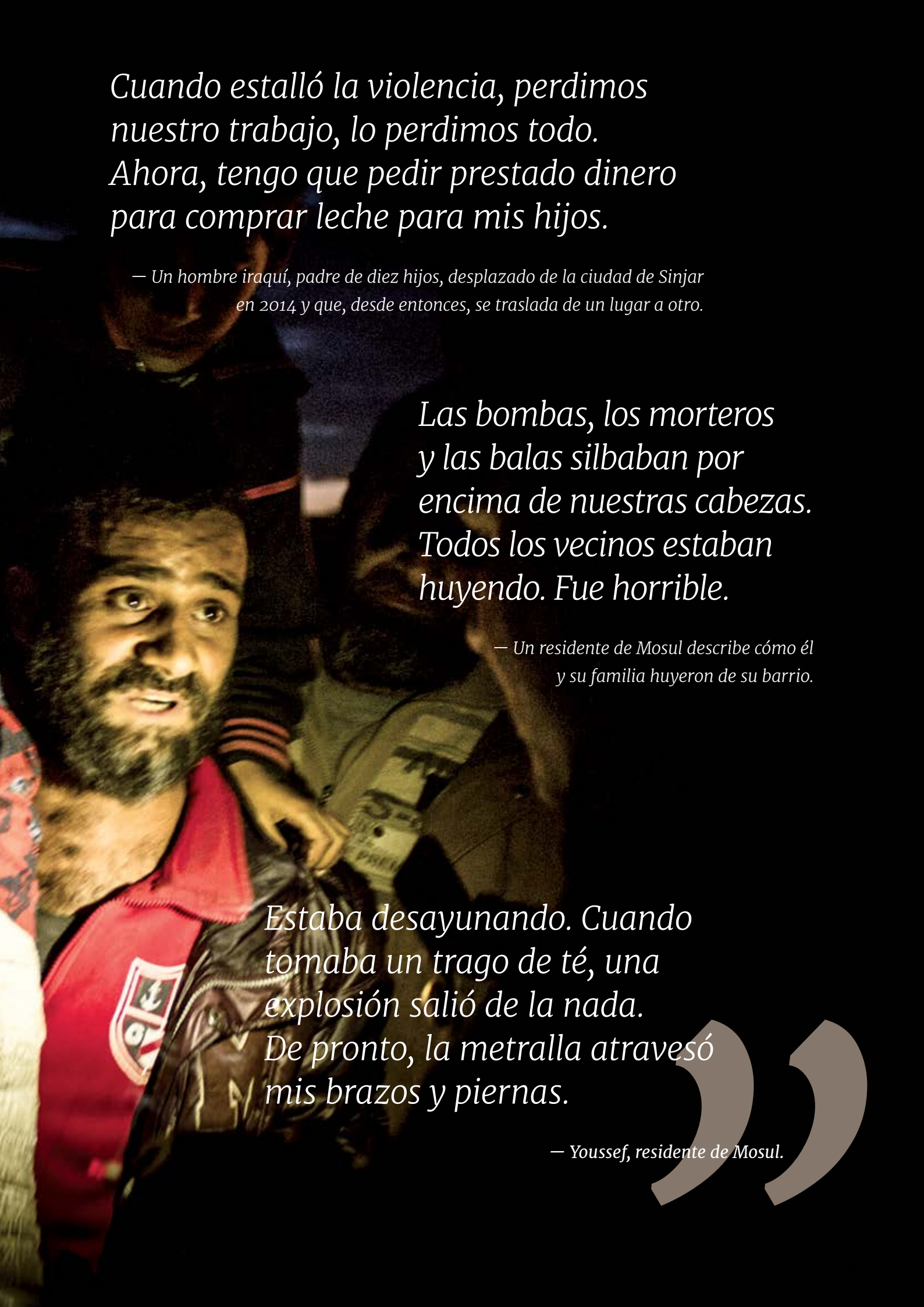
— Sami, un joven de 27 años que huyó de Alepo a Damasco y luego a Beirut.

Uno de los comandantes me contó que a veces los enfrentamientos son tan intensos que, por ejemplo, él puede estar en la cocina disparando a su enemigo, que a su vez le dispara a él desde la sala, mientras hay civiles –familias– en el piso de arriba.

— Joshua Baker, director y productor de *Battle for Mosul*, un documental producido por PBS y The Guardian.

La gente rebusca en la basura porque no consigue alimentos. Hemos visto a mujeres hervir hojas de los árboles con tal de darles a los niños un poco de sopa caliente.

— Nancy Hamad, jefa de la subdelegación del CICR en Taiz, Yemen.



*Cuando estalló la violencia, perdimos
nuestro trabajo, lo perdimos todo.
Ahora, tengo que pedir prestado dinero
para comprar leche para mis hijos.*

*— Un hombre iraquí, padre de diez hijos, desplazado de la ciudad de Sinjar
en 2014 y que, desde entonces, se traslada de un lugar a otro.*

*Las bombas, los morteros
y las balas silbaban por
encima de nuestras cabezas.
Todos los vecinos estaban
huyendo. Fue horrible.*

*— Un residente de Mosul describe cómo él
y su familia huyeron de su barrio.*

*Estaba desayunando. Cuando
tomaba un trago de té, una
explosión salió de la nada.
De pronto, la metralla atravesó
mis brazos y piernas.*

— Youssef, residente de Mosul.



PREFACIO

La guerra ha vuelto a las ciudades. Este nuevo informe del CICR nos muestra claramente que estamos en presencia de un cambio profundo en la historia de los conflictos armados, donde pueblos y ciudades quedan atrapados, a veces por años, en una dinámica de guerra urbana arraigada. Las fuerzas gubernamentales y los grupos armados no estatales luchan calle por calle entre bombardeos aéreos, fuego de artillería, armas inteligentes, asaltos de infantería, atentados suicidas, coches bomba y artefactos explosivos improvisados. Los civiles se hallan en medio de todo esto.

Desde la Antigüedad, el asalto y saqueo de las ciudades ha causado un terror mortal a sus habitantes. A lo largo de la historia, si el comandante de la fuerza defensora se negaba a aceptar las condiciones de la rendición, la población civil quedaba enfrentada a pillajes, violaciones, asesinatos, mutilaciones y la esclavitud. Muchos preferían el suicidio.

Sin embargo, durante gran parte del siglo XIX y principios del XX, pareció que los asedios al viejo estilo y los enfrentamientos dentro de las ciudades eran cosa del pasado. Los generales preferían que el “arte de la guerra” se desarrollara en espacios abiertos. Temían que, si sus hombres luchaban en las ciudades, cundieran entre ellos la desertión, la indisciplina y la ebriedad. A causa de las tácticas y de la formación que se empleaban, que casi no permitían iniciativa alguna a los rangos inferiores, estaban, de todos modos, mal equipados para la guerra urbana.

A principios del siglo XIX, la mayoría de los conscriptos provenían de comunidades rurales y prácticamente no conocían las grandes ciudades. Para 1914, el rápido crecimiento de la población en las capitales de Europa, aumentada por las migraciones internas de finales del siglo anterior, proveía una gran cantidad de “hijos descartables”, frase acuñada por el académico estadounidense Edward Luttwak. Sin embargo, un aspecto interesante de la Primera Guerra Mundial fue la escasa incidencia de los enfrentamientos urbanos. El primer ejemplo moderno importante fue la Masacre de Nankín, en 1937, donde se cometieron actos de crueldad indescriptible. El Ejército Imperial de Japón utilizó instintivamente una política de terror para compensar su inferioridad numérica, pero la resistencia china no se dio por vencida.

A comienzos de la Segunda Guerra Mundial, en 1939 y 1940, ciudades como Varsovia y Rotterdam fueron bombardeadas, en muchos casos salvajemente. Pero en el teatro de Europa occidental, las ciudades fueron declaradas abiertas y abandonadas al enemigo. El 11 de junio de 1940, en el Château du Muguet, Winston Churchill instó al Estado mayor francés a defender París luchando casa por casa. Esta idea fue recibida con horror por el general Weygand y el mariscal Pétain, quien había sido embajador en España y sabía de las luchas callejeras revolucionarias.

En la Segunda Guerra Mundial, famosa por el denominado *blitzkrieg* de la Wehrmacht, la guerra de movimiento terminó por reducirse a enfrentamientos en las ciudades –como en Sebastopol, Voronezh y más tarde Stalingrado–, aunque Hitler había deseado mantener a sus ejércitos fuera de ellas. En Stalingrado, donde el Ejército Rojo cambió el rumbo de la guerra, los enfrentamientos fueron implacables. De los aproximadamente 10.000 civiles que, contra todas las probabilidades, sobrevivieron a los enfrentamientos entre las ruinas, mil eran huérfanos. Un trabajador humanitario que los vio poco después de la batalla los describió como seres completamente ferales o catatónicos.

Cuando Hitler comenzó a perder la guerra, se negó a abandonar las ciudades por razones de prestigio. Cuando el Ejército Rojo y sus aliados occidentales llegaron a las fronteras del Reich, ordenó que cada ciudad se transformara en una *Festung* (fortaleza), sobre todo Königsburg, Breslau y Berlín. La suerte que corrían los civiles atrapados en las ciudades tomadas por asalto a veces recordaba la edad de las tinieblas.

Berlín fue la última de las grandes batallas urbanas en Europa librada entre masivas fuerzas de conscriptos. En 1945, los alemanes y los japoneses fueron aniquilados por completo tras una larga guerra. Los bombardeos aéreos y las fuerzas de tierra de los Aliados arrasaron sus ciudades en una escala jamás vista. El agotamiento, el hambre y el estrés de combate sufridos por muchos años redujeron tanto a civiles como a soldados a la condición de zombis. Según las estimaciones, unos 12 millones de niños no acompañados vagaban por Europa, entre un número incluso mayor de personas desplazadas. El hambre, la pobreza, la falta de techo, el duelo y la separación de las familias fueron las experiencias sufridas por millones de residentes urbanos en Europa, Asia y la Unión Soviética.

Hoy, los civiles en las ciudades nuevamente se encuentran en medio de la guerra: atrapados, heridos, hambrientos, empobrecidos, mantenidos como rehenes, usados como escudos humanos y en muchos casos impedidos de huir. Los servicios urbanos esenciales como el agua, la asistencia de salud, el suministro eléctrico y las escuelas son dañados, degradados y, a veces, son objeto de ataques intencionales. La antigua estrategia del asedio ha vuelto. Los túneles, las armas trampa y los francotiradores se enfrentan contra los drones y la guerra digital en el marco de esta nueva forma de conflicto urbano prolongado, la cual, al parecer, constituirá la nueva norma en los años por venir.

Estas nuevas guerras urbanas pueden mantenerse en un estado de indecisión durante años. Hoy, los grupos armados se esconden en las ciudades en vez de en los bosques y la guerra de guerrillas adopta un carácter esencialmente urbano. La victoria elude a ambas partes y el conflicto urbano se transforma en un aspecto crónico de la vida de millones de personas.

Hemos alcanzado un nuevo punto de inflexión en la historia de la guerra que las voces civiles del informe describen vívidamente. Como ya se observa en los conflictos de Irak, Siria, Yemen y Libia, los principales campos de batalla del futuro no serán los espacios abiertos, sino las ciudades y los pueblos.

— Sir Antony Beevor

Historiador militar y autor del libro

Stalingrad and Berlin: The Downfall 1945

1	2	3
SALVAR NUESTRAS CIUDADES: UN LLAMAMIENTO URGENTE	DIEZ RECOMENDACIONES	“MI HIJO SE ASFIXIÓ”
Introducción a los conflictos urbanos modernos en Irak, Siria y Yemen, por Robert Mardini, director de actividades operacionales del CICR para Oriente Cercano y Medio.	Acciones urgentes encaminadas a prevenir o aliviar el sufrimiento humano causado por las guerras en zonas urbanas.	La historia de Aleppo, la segunda ciudad de Siria.
Página 11	Páginas 18–19	Página 20
		La historia de Yasser “El edificio se derrumbó. No tuvo ninguna oportunidad”.
		Página 21



4

“MEMORIAS DE UNA CIUDAD ANTES LLENA DE VIDA”

La historia de Taiz, la antigua capital cultural de Yemen.

Página 26

La historia de Hanan

“Ese día, mi vida terminó”.

Página 29

7

“VI CÓMO YO MISMO ME QUEBRABA”

Más allá de las lesiones físicas, los conflictos urbanos prolongados causan heridas psicológicas muy reales y duraderas.

Página 60

5

“POR DONDE MIRARAS, HABÍA ALGUIEN TRATANDO DE MATARTE”

La historia de Mosul, la segunda ciudad de Irak.

Página 30

La historia de Mohammed

“Las personas nos acogieron pese a hallarse en circunstancias difíciles”.

Página 36

8

“NO OLVIDARÉ, PERO TRATARÉ DE PERDONAR”

La guerra civil libanesa, librada mayormente en zonas urbanas, ofrece muchas enseñanzas acerca de los costos de los conflictos que se desarrollan en barrios urbanos densamente poblados y extremadamente diversos. Una enseñanza clave: para revitalizar las comunidades urbanas, hace falta mucho más que la mera reconstrucción de los edificios.

Página 64

“¿Por qué no iba a luchar para proteger a mi familia?”

Un excombatiente habla sobre su experiencia de la guerra y la reconciliación.

Página 71

6

LOS EFECTOS COMBINADOS DE LA GUERRA URBANA

“Vivir bajo tierra”

Aislados y aferrados a la vida.

Página 40

La historia de Ammar y Ranim

La huida de una ciudad en guerra y el regreso.

Página 44

“Si nos hubiésemos quedado, ya estaríamos muertos”

Huir hacia, desde o dentro de ciudades en guerra. La historia olvidada de las personas desplazadas en zonas urbanas.

Página 46

“Nuestro objetivo: asegurar la neutralidad del agua”

La guerra en las ciudades y sus alrededores altera la red de servicios que los residentes urbanos necesitan para sobrevivir.

Página 50

Ondas de choque

Los devastadores efectos de las armas explosivas en zonas urbanas.

Página 54

Armas químicas

Pese a su prohibición absoluta, las denuncias acerca de su uso siguen siendo frecuentes.

Página 56

Un legado letal

Los artefactos sin estallar siguen cobrando víctimas aún después de finalizadas las hostilidades.

Página 58



K. Al-Saeed/CICR

Dos niños juegan en un auto perforado por las balas en Taiz, Yemen. Diciembre de 2016.

INTRODUCCIÓN

SALVAR NUESTRAS CIUDADES: UN LLAMAMIENTO URGENTE

Por Robert Mardini, director de actividades operacionales del CICR para Oriente Cercano y Medio

La madre de un niño pequeño pierde a su marido, alcanzado por las balas de un francotirador cuando se dirigía a comprar alimentos para su familia.

Un hombre, padre de cuatro hijos, ve morir a su esposa y su bebé cuando un cohete estalla en el patio de su casa.

Un comandante describe cómo sus hombres tuvieron que luchar casa por casa, con las familias escondiéndose en ellas.

Estas son solamente algunas de las historias que caracterizan a la guerra urbana contemporánea. Forman el núcleo de este informe especial del CICR, en el que se describen los impactos acumulativos y de largo plazo de los conflictos librados en algunas ciudades de Oriente Medio, desde el punto de vista de las personas que viven estas situaciones.

Las personas comunes que atraviesan circunstancias extremadamente duras –un auxiliar de odontología, un profesor de deporte, un ebanista y un estudiante transformado en combatiente, entre otros– nos ayudan a comprender uno de los problemas fundamentales de nuestro tiempo: la urbanización de los conflictos armados. Sus palabras, junto con las reflexiones de oficiales militares, ingenieros especializados en el suministro de agua, trabajadores humanitarios, delegados del CICR, politólogos e historiadores, nos transmiten una idea de los horrores que, todos

los días, la guerra urbana inflige a las poblaciones civiles.

Las ciudades que aparecen en las noticias –Alepo, Homs, Mosul, Faluya, Ramadi, Taiz– tienen historias importantes que contar. Por más de mil años, la ciudad siria de Alepo brilló como centro de conocimientos, de música y de comercio. Y, antes de la guerra, marcaba el ritmo de la economía del país. Ahora, su centro histórico está prácticamente arrasado, su población se ha reducido y su vida intelectual, cultural y económica está en ruinas. “Vi morir a mi ciudad”, la frase que titula este informe, fue la forma en que un joven músico describió la transformación de su querida ciudad natal. Huyó de ella debido a los constantes bombardeos y porque sufría frecuentes detenciones y abusos por parte de los combatientes de todas las facciones.

La ciudad iraquí de Mosul era conocida por su tolerancia y su mezcla de religiones y culturas. Taiz, en el sudoeste de Yemen, era un polo industrial y de producción de café, así como un importante centro académico, antes del asedio de 15 meses de duración¹. La vida de los habitantes de estas ciudades fue –o sigue siendo– destrozada por guerras a menudo libradas directamente en las calles donde tienen sus hogares y negocios.

Los habitantes de muchas otras ciudades en Irak, Siria y Yemen tienen historias similares para contar.



En Ramadi, Irak, a fines de 2015, el 80% de los edificios estaban destruidos.

UN NUEVO NIVEL DE SUFRIMIENTO URBANO

Entre 2010 y 2015, aproximadamente la mitad de todas las víctimas de guerra en el mundo se hallaban en Irak, Siria y Yemen², donde los enfrentamientos en pueblos y ciudades han sido implacables. Si bien la guerra urbana y los sufrimientos que la acompañan nada tienen de nuevo, el tipo de conflicto que vemos hoy en las ciudades se ha hecho demasiado frecuente y destructivo. Crea resentimientos profundos y conlleva el potencial de generar ciclos de violencia. El número de víctimas civiles es llamativamente alto: según algunas estimaciones, representan el 92% de las muertes y lesiones causadas por el uso de armas explosivas en zonas pobladas, en comparación con el 34% cuando esas armas se emplean en otras zonas³.

¿Por qué es tan alto el costo humano? Una de las razones básicas es la generalizada falta de respeto por el derecho internacional humanitario (DIH), también conocido como derecho de los conflictos armados. Este ordenamiento jurídico protege a las personas que no participan o que han dejado de

participar activamente en las hostilidades y limita los medios y métodos de guerra. Su propósito esencial es limitar los efectos de los conflictos armados y preservar un mínimo de humanidad en la guerra. Pero se viola el derecho. Los civiles y los edificios civiles, como hospitales y escuelas, son atacados. Las personas comunes se ven atrapadas en operaciones de asedio. No se toman precauciones constantes para proteger a la población civil. Las consecuencias son devastadoras.

Otro motivo reside en la elección de las armas y en la forma en que se utilizan en zonas densamente pobladas. Mientras que el bombardeo por saturación a gran escala empleado en algunos conflictos del siglo XX es menos frecuente en el siglo XXI, el uso del bombardeo aéreo y de la artillería pesada en zonas civiles sigue siendo la norma en la guerra contemporánea.

Además, por diversos motivos, no se encuentran soluciones políticas a los conflictos urbanos modernos, por lo cual las personas siguen

cayendo víctimas de la violencia enraizada, una y otra vez y durante años. Los conflictos urbanos que hoy se libran en Oriente Medio también se caracterizan por la diversidad de fuerzas y grupos armados y por el apoyo que reciben de un amplio abanico de Estados, lo que dificulta el desarrollo de las actividades de construcción de la paz y los esfuerzos por asistir a la población.

Al mismo tiempo, ha resurgido una forma de guerra antigua: el asedio. Reacios a arriesgar la vida luchando en zonas densamente pobladas, los actores y grupos armados ahora recurren al asedio. Tanto las partes asediadas como los sitiadores ponen en riesgo a los civiles, haciendo peligrar su vida, su bienestar y su dignidad. Los civiles padecen privaciones extremas y algunos han sufrido asedios más prolongados que los de Leningrado o Sarajevo. A la luz de estas consecuencias, el asedio tal como se practica hoy en Oriente Medio es aberrante y a menudo ilícito.

Por último, el costo humano también es elevado porque a menudo los heridos o enfermos no pueden obtener la asistencia de salud que necesitan. Los hospitales han sido atacados y muchos carecen del personal y de los insumos y medicamentos que necesitan para funcionar adecuadamente, mucho menos para responder a una demanda que se ha tornado abrumadora.

“Todavía imagino a mi nieto bajo los escombros. Logramos sacarlo. Estaba vivo. Pero, sin clínicas ni hospitales cerca, murió una hora después”.

Abdulrahman junto a los escombros bajo los cuales murieron cuatro miembros de su familia a principios de diciembre de 2016. Abdulrahman asistía a 260 adultos mayores y vulnerables en la parte oriental de Aleppo, cuando se intensificaron los enfrentamientos y las líneas del frente los rodearon. Sus familiares murieron dos días antes de que la Media Luna Roja Árabe Siria y el CICR lograran llegar al lugar y evacuar a los ancianos, a los enfermos y a otros civiles.



ÉXODO URBANO

No es de extrañar, pues, que millones de personas hayan huido de sus ciudades. A finales de 2015, se estimaba que unos 65 millones de personas se habían desplazado a causa de conflictos o persecuciones⁴. La mayoría permanece dentro de las fronteras de su país, donde las necesidades de asistencia humanitaria son más acuciantes. Según estimaciones recientes, los conflictos actuales en Siria, Irak y Yemen representan casi un cuarto de esas personas desplazadas⁵, y solo la guerra en Siria equivale a una sexta parte de esa cifra. Más de 6 millones de sirios viven con familiares, en refugios precarios o en comunidades de acogida en Siria, y más de 5 millones han dejado el país⁶. De igual modo, más del 8% de los yemeníes⁷ y de los iraquíes⁸ permanecen desplazados dentro de sus países.



A. Qusay/CICR

Personas que huyen de los enfrentamientos en Mosul cruzan la aldea kurda de Gogjali, situada camino al campamento para desplazados de al-Khazer. Noviembre de 2016.

EL IMPACTO QUE NO SE VE

Los devastadores efectos de los ataques en los entornos urbanos son una de las razones por las que tantas personas no tienen otro remedio que dejar sus hogares y ciudades. Si una bomba daña una cañería de agua o un conducto de aguas residuales, miles de personas pueden perder el acceso al agua potable, lo cual, a la vez, causa problemas de saneamiento y aumenta en gran medida el riesgo de contraer enfermedades infecciosas. Si se bombardea un hospital, el impacto va mucho más allá de la trágica muerte de trabajadores de la salud y de pacientes y de la destrucción del centro de salud. Con el tiempo, miles de personas pueden morir a causa de enfermedades e infecciones fácilmente tratables porque el centro de salud y sus trabajadores no están allí para ayudarlos.

Mientras tanto, día y noche, los incesantes enfrentamientos y bombardeos obligan a las personas a vivir en una atmósfera de temor, impresión y congoja permanentes, causándoles, en muchos casos, un estrés traumático que

hace que les resulte extremadamente difícil reconstruir su vida, conservar el trabajo o salir de los ciclos de violencia.

Otro factor importante es la tarea de la reconstrucción, que lleva mucho tiempo y que se complica no solo por la destrucción total de la infraestructura, sino también por los millones de artefactos explosivos sin estallar que se ocultan bajo los escombros.

Tal vez los mayores costos de la guerra urbana ni siquiera puedan medirse. Los niños privados de educación y de su niñez. Generaciones enteras sin esperanza alguna para el futuro. Comunidades fragmentadas por los traumas, la desconfianza y el odio. El personal calificado que deja el país. Tantos jóvenes que participan en la violencia.

Estas son las realidades de los conflictos armados en zonas urbanas y las razones por las que muchas personas se ven obligadas a huir.

Escena de destrucción tras el bombardeo del Hospital Nacional de Alepo. Enero de 2017.



S. Tarabishy/CICR



T. Glass/COR

Saná, Yemen. Este joven sufrió graves fracturas faciales durante los enfrentamientos en Fajj Attan. Abril de 2015.

“Hay demasiado para perder y mucho para ganar. Pero debemos actuar ahora, con decisión y humanidad, para que, algún día, alguien como el joven músico de Alepo pueda decir: ‘Vi renacer a mi ciudad’”.

UN COSTO DEMASIADO ELEVADO

¿Qué nos cuentan las historias de las personas que sufren la guerra urbana? Que el costo humano de este tipo de guerra es excesivamente alto. Cada uno de los que participan, ya sea política o militarmente, en estos conflictos atroces y prolongados, deben tener presentes todos los costos –de corto y largo plazo– y actuar de inmediato para eliminarlos o reducirlos.

Primero y principal, deben esforzarse más para encontrar soluciones políticas a sus reclamos. Más allá de esto, las partes beligerantes deben tomar conciencia del impacto global que los enfrentamientos provocan en la población que esperan gobernar en algún momento. De otro modo, ¿qué les quedará para controlar, cuando las personas han perdido y sufrido tanto, y los servicios que las mantienen con vida están gravemente averiados o en ruinas? ¿Los vencedores podrán mantener la paz si la población siente que no han respetado ni la ley ni la humanidad básica de los ciudadanos locales?

El apoyo externo ha contribuido a la proliferación de los grupos armados, exacerbando los efectos de los conflictos y alejando más aún la posibilidad de llegar a acuerdos pacíficos. Los Estados que apoyan a las partes armadas en un conflicto –se trate de las fuerzas estatales o de grupos armados no estatales– deben ejercer su influencia en favor de las víctimas de los conflictos armados. No deben alentar ni facilitar la comisión de violaciones del DIH y deben hacer todo lo razonablemente posible para hacer respetar ese derecho.

También es preciso extraer lecciones del pasado y adoptar con rapidez las medidas necesarias para reconstruir las comunidades urbanas –asegurando el acceso permanente a la educación y prestando ayuda a las personas desplazadas– y realizar esfuerzos exhaustivos para alcanzar la reconciliación. Estos son solamente algunos de los llamamientos concretos a la acción –basados en el testimonio de las personas entrevistadas por el CICR– que proponemos en las recomendaciones de este informe. Ver las páginas 18–19.

Con acciones decisivas y concertadas, será posible recuperar y reconstruir las ciudades y sus comunidades, y los barrios arrasados volverán a la vida con más rapidez.

Taiz, por ejemplo, tal vez pueda nuevamente ser recordada por su arquitectura distintiva y sus finos y aromáticos cafés, y no por el olor de la basura en las calles. Mosul, escenario de intensos enfrentamientos callejeros, quizá pueda prosperar una vez más como centro regional de conocimientos, medicina y producción de petróleo. Y tal vez Alepo pueda ser conocida otra vez por su gastronomía y su música, no por el tronar de las bombas y el estrépito de los edificios que colapsan.

Hay demasiado para perder y mucho para ganar. Pero debemos actuar ahora, con decisión y humanidad, para que, algún día, alguien como el joven músico de Alepo pueda decir: “Vi renacer a mi ciudad”.

REDUCIR EL COSTO

La escala y el alcance de los conflictos urbanos de hoy no se pueden pasar por alto: se necesita un compromiso urgente y duradero de todos –las partes beligerantes y los Estados que las apoyan, la comunidad internacional, las organizaciones humanitarias, los donantes y los ciudadanos comunes de todo el mundo.

En todos los conflictos armados, sea que se desarrollen en zonas urbanas o en otros lugares, el derecho internacional humanitario rige la conducta de las partes. El DIH obliga a las partes a distinguir, en todo momento, entre los objetivos militares y los civiles y objetos de carácter civil. Prohíbe las armas químicas y los ataques contra personas civiles y hospitales.

Exige que las partes garanticen el trato humano y digno de los detenidos; que busquen, recojan y evacuen a los heridos y enfermos; que den un tratamiento adecuado a los restos humanos; que tomen todas las medidas posibles para encontrar a las personas desaparecidas, y mucho más.

El primer paso para mejorar la situación de las víctimas de los conflictos armados es la adhesión estricta a las normas del DIH. Se necesitan acciones urgentes, especialmente en las diez esferas que se describen a continuación. Estas recomendaciones tienen por objeto limitar el impacto de la guerra urbana en Oriente Medio, reducir los sufrimientos que causa y responder a las necesidades urgentes de las personas afectadas.

EL CICR INSTA:

1. **A las partes beligerantes, a respetar el DIH en todo momento.** Las acciones del enemigo nunca justifican las violaciones.
2. **A los Estados que apoyan a las partes en conflictos armados, a asegurar que las partes que ellos apoyan respeten el DIH.** Esos Estados se hallan en una posición única y privilegiada para hacerlo.
3. **A las partes beligerantes, a dejar de encerrar a civiles en lugares asediados, a asegurar un acceso humanitario rápido, continuo y sin trabas a todas las comunidades urbanas necesitadas y a permitir a las personas salir de esas zonas en condiciones seguras si optan por hacerlo.** Las penurias de los asedios tienen consecuencias que se prolongarán por generaciones enteras.
4. **A las partes beligerantes, a evitar el uso de armas explosivas con un área de impacto amplia en zonas densamente pobladas.** Además de causar muerte y destrucción en la zona inmediata al impacto, esas armas tienen efectos de largo plazo en la infraestructura y en los servicios de la ciudad que son extremadamente peligrosos para la salud y la supervivencia de los habitantes.
5. **A las partes beligerantes, a respetar y proteger los sistemas esenciales para la vida de la ciudad.** Los sistemas complejos e interconectados que suministran servicios de agua, electricidad y saneamiento, esenciales para la salud urbana, a menudo figuran entre los primeros caídos de la guerra urbana.



Durante una evaluación de los daños causados por los enfrentamientos en la ciudad de Saná, Yemen, un colaborador del CICR escucha a un residente que describe su situación. Abril de 2015.

Todos deben tomar las medidas necesarias para asegurar que esos sistemas no sean atacados y que su funcionamiento no sea interrumpido en ningún caso.

6. **A las partes en el conflicto y a la comunidad internacional, a abstenerse de desplazar a las personas, respetar los derechos de las personas desplazadas dentro de sus países y responder a sus necesidades.**
7. **A las autoridades y a la comunidad internacional, a proteger y asistir a los refugiados que huyeron de estos conflictos.**
8. **A las autoridades, a las partes en el conflicto y a la comunidad internacional, a hacer mucho más por asegurar la protección de los prestadores de servicios esenciales y de los trabajadores humanitarios.**
9. **A las autoridades, a las organizaciones humanitarias y a la comunidad internacional, a invertir más en asegurar que las víctimas de la violencia tengan acceso a servicios de apoyo psicosocial y de salud mental apropiados.**
10. **A las autoridades, a las organizaciones humanitarias y a la comunidad, a ayudar a reconstruir las comunidades, no solamente la infraestructura.** Las ciudades están hechas de personas, no solo de edificios. La forma en que se reconstruyen las ciudades puede influir enormemente en sus posibilidades de recuperación.

“MI HIJO SE ASFIXIÓ”

La historia de Alepo, la segunda ciudad de Siria: bajo fuego y bajo sitio

Antaño la mayor ciudad de Siria, con una población de 2,1 millones de personas, Alepo es conocida como una de las ciudades habitadas más antiguas del mundo.

Para residentes como Yasser, exprofesor de deporte, de unos 50 años y actual vendedor callejero del barrio de Boustan al-Qasr, Alepo era, sencillamente, un gran lugar para vivir, una ciudad segura donde su quehacer prosperaba y donde él y su esposa podían criar a sus cinco hijos en paz.

Pero los más de cuatro años de conflicto intenso lo cambiaron todo. Los barrios densamente poblados de Alepo se transformaron en escenario de bombardeos sostenidos y sistemáticos, tanto con municiones aire-tierra como con cohetes de artillería lanzados desde tierra. Esos ataques causaron un enorme grado de destrucción y miles de víctimas. Al final, no hubo zona de la ciudad que se salvara de la violencia.

El barrio de Yasser fue uno de varios que quedaron casi completamente destruidos. Hoy, la mayoría de los edificios de apartamentos, escuelas, empresas y negocios son cáscaras vacías, y las calles, antes bulliciosas, se han transformado en senderos casi vacíos que serpentean entre pilas de escombros.

Yasser vivió el horror de los enfrentamientos en carne propia. Su edificio fue bombardeado después de que un grupo de oposición armada comenzara a operar en su barrio. “Mi hijo murió asfixiado en el ataque”, dice Yasser. “Los primeros tres pisos del edificio se derrumbaron. No tuvo ninguna oportunidad”.



S. Tarabishi/CICR

Las calles del barrio de al-Jadaida en Alepo, antes bulliciosas, hoy destruidas por la guerra. Enero de 2017.

*“El edificio se derrumbó.
No tuvo ninguna oportunidad”.*



LA HISTORIA DE YASSER

En sus propias palabras

“Nunca quise juntarme con los que participaban en la guerra. Era plenamente consciente de los riesgos que sobrevendrían si llegaban a un lugar personas armadas. Un puesto militar situado cerca de donde vivíamos nos pondría en peligro. Pero sucedió de todos modos: el desastre nos golpeó cuando bombardearon nuestro edificio. Mi hijo se asfixió en ese ataque. Los primeros tres pisos del edificio se derrumbaron. No tuvo ninguna oportunidad.

Estábamos entre la espada y la pared y no había salida. No le deseo a nadie los tormentos que sufrimos nosotros.

Después de la muerte de mi hijo, mi esposa empezó a tener mucho miedo. Ya no podíamos ver a algunos de nuestros hijos. Uno prestaba servicios en el ejército desde hacía siete años, y envié a mi segundo hijo a estudiar a Alemania, con la esperanza de un futuro mejor para él. Antes de la crisis, mi hija se operó dos veces a causa de una lesión en el tendón de una pierna. Mientras duró la violencia, no pudo recibir asistencia médica.

Mi hijo menor tiene problemas con los números y estudiaba en una pequeña mezquita cercana. Cuando la mezquita fue bombardeada, perdimos la esperanza de que mi hijo tuviera una educación mejor.

Cuando comenzó el asedio a Alepo oriental, en el último ramadán [2016], la situación empeoró, ya que la gente quedó aislada durante 190 días. Todo estaba paralizado. Mi hijo siempre tenía hambre, porque no había nada para comer o beber. Los alimentos eran extremadamente caros. Nos vimos obligados a consumir comidas basadas en distintas combinaciones de lentejas. Fue así que perdí 25 kilos”.

¿UN NUEVO NIVEL DE CONFLICTO URBANO?

La historia de Yasser se ha repetido muchos miles de veces durante los últimos cuatro años, en las distintas partes de Aleppo. Mientras la ciudad estuvo dividida entre la parte oriental (controlada por grupos de oposición armada) y la parte occidental (controlada por el gobierno), entre julio de 2012 y diciembre de 2016, los enfrentamientos eran intensos y casi diarios, con empleo masivo de armas explosivas pesadas en zonas pobladas.

A lo largo del conflicto, las imágenes de los niños de Aleppo causaron enorme impresión en el mundo: los videos mostraban sus rostros ensangrentados y sus expresiones desorientadas,

aturdidas o traumatizadas; también los mostraban sin vida, en brazos de los socorristas que los habían extraído de los escombros.

A medida que se intensificaba la violencia, las organizaciones humanitarias y los proveedores de servicios esenciales se esforzaban por responder a las necesidades de la población, que aumentaban en forma dramática, sobre todo porque el acceso humanitario era muy limitado en ciertas zonas. Esos actores describían la situación en términos cada vez más urgentes.

LA HUMANIDAD BAJO FUEGO

Al paso que los ataques contra la asistencia de salud y los trabajadores humanitarios arremetían en los conflictos de todo el mundo, la batalla por Aleppo se transformó en un símbolo de los peligros que los trabajadores de salud enfrentan durante los conflictos urbanos.

El CICR y otras organizaciones humanitarias alertaban una y otra vez acerca del deterioro de la situación humanitaria. En Aleppo y otras zonas urbanas, continuaban los ataques contra la infraestructura esencial, como los hospitales, las redes de agua y de electricidad y las escuelas. En 2015 y 2016, una serie de ataques contra hospitales y otras instalaciones de salud causaron la muerte de médicos y pacientes y privaron a miles de personas de la asistencia de salud que necesitaban con urgencia.

“Lo que estamos presenciando es un ataque sostenido contra la prestación de asistencia de salud en tiempo de conflicto, así como la absoluta falta de respeto por este servicio”, declararon Peter Maurer, presidente del CICR, y la Dra. Joanne Liu, presidenta de Médicos Sin Fronteras (MSF) en un editorial para *The Guardian*⁹.

El conflicto en Siria es uno de los más peligrosos del mundo para los trabajadores humanitarios. Se ha cobrado las vidas de 63 colaboradores y voluntarios de la Media Luna Roja Árabe Siria¹⁰. Todos murieron mientras prestaban servicios, muchos de ellos en ciudades como Aleppo y Homs. Muchos otros trabajadores de emergencia han sufrido heridas o han muerto mientras trataban de restablecer los servicios esenciales o rescatar víctimas.

Esos ataques contra los trabajadores de la salud y las instalaciones médicas llamaron la atención sobre el problema e impulsaron al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a adoptar la resolución 2286, el 3 de mayo de 2016. En esa resolución, se exhorta a todas las partes beligerantes a proteger las instalaciones de salud y al personal médico. Estos principios se encuentran consagrados en el DIH. La resolución condena enérgicamente los actos de violencia y las amenazas contra los heridos y los enfermos, el personal médico y los trabajadores humanitarios. Lo que se necesita ahora es la voluntad política para que estas palabras se conviertan en acción, así como un compromiso significativo de todas las partes en el conflicto.

LA HUMANIDAD EN ACCIÓN

La historia de Alepo en los pasados cinco años no refleja solo actos de violencia y crueldad. Pese a la violencia que los rodeaba y a los peligros que afrontaban todos los días, la Media Luna Roja Árabe Siria y sus voluntarios –junto con ciudadanos comunes y otras organizaciones humanitarias– dieron prueba de su increíble resiliencia, dignidad y coraje, mientras trabajaban para ayudar a las personas a sobrevivir en circunstancias extremas.

Sin embargo, pese a los esfuerzos desplegados, entre abril y diciembre de 2016 los equipos del CICR no pudieron llevar socorros a Alepo oriental. La Institución solamente pudo brindar ayuda a distancia, por ejemplo, pagando los costos del agua, de los materiales de saneamiento, del gas de cocina para el comedor comunitario y los salarios de las personas que trabajaban allí.

Restos de una ambulancia entre los escombros, en el distrito de al-Kallaseh, Alepo. Febrero de 2017.



LA EVACUACIÓN DE ALEPO ORIENTAL

En diciembre de 2016, tras semanas de enfrentamientos aterradores –durante los cuales las líneas del frente se cerraron alrededor de los últimos bastiones de la oposición, atrapando también a los civiles de la zona–, las partes beligerantes acordaron permitir la evacuación de civiles y combatientes de Alepo oriental. Las hostilidades finalmente cesaron el 15 de diciembre y, entre ese día y el 22 de diciembre, se evacuaron más de 35.000 personas a zonas rurales próximas. Entre los evacuados había cientos de heridos y enfermos. Los equipos de la Media Luna Roja Árabe Siria y del CICR permanecieron en el lugar día y noche, acompañando la penosa operación, ofreciendo asistencia médica y transporte y proporcionando todo el asesoramiento y apoyo que podían, en una situación muy confusa y dolorosa.

La evacuación ofreció la primera oportunidad, desde abril de 2016, para que los equipos del CICR accedieran a ciertas zonas de Alepo

oriental. “Había automóviles quemados y salía humo de los edificios cercanos”, dice Marianne Gasser, jefa de la delegación del CICR en Siria, presente en el lugar durante las últimas semanas de violencia y a lo largo de la evacuación. “Había mucho miedo e incertidumbre. Cuando llegamos, la escena era desgarradora. Las personas afrontaban una elección imposible. Sus ojos estaban llenos de tristeza”.

Con temperaturas bajo cero, los habitantes de la ciudad quemaban todo lo que encontraban, incluso mantas y ropa, para calentarse mientras esperaban salir del lugar. “Unas pocas familias decidieron quedarse”, señala la señora Gasser. “Pero la mayoría no tenía opción y consideraba que era mejor irse en ese momento, ya que sus viviendas estaban destruidas, los alimentos escaseaban y los servicios de agua y electricidad estaban cortados. Ni qué hablar de la violencia que habían presenciado por tanto tiempo. Nadie puede soportar tanto sufrimiento”.



El CICR y la Media Luna Roja Árabe Siria evalúan cuáles serían las condiciones de vida en el distrito Masaken Hanano, en Alepo oriental, si las personas decidieran volver allí. Finales de noviembre de 2016.

REGRESAR A CASA

Si bien algunos ya hablan de la “Alepo posconflicto”, en las zonas rurales vecinas continúan los enfrentamientos. Antes de poder hablar de la recuperación, es preciso encarar las graves y urgentes necesidades humanitarias en la ciudad. Se estima que unas 140.000 personas han regresado a sus hogares desde que llegó a su fin la violencia urbana. Miles de residentes aún no pueden volver, en parte debido a los graves daños que sufrieron sus viviendas. Esto es así también en otras ciudades en las que la violencia cesó con anterioridad, como Homs. Lo esencial es que se permita a todos los desplazados civiles, de Alepo y de otras zonas, regresar a sus lugares de origen y a hogares en condiciones seguras cuando lo deseen, y que se los ayude a hacerlo¹¹. Ver: Efectos combinados: Personas desplazadas en zonas urbanas, página 46.

Pese a haber estado dividida por varios años, Alepo se caracterizaba por su interdependencia; las personas iban de un lugar a otro mientras la situación lo permitía. Las familias tenían parientes en diferentes zonas, y muchas huyeron a otros barrios en el momento álgido de la violencia o directamente abandonaron la ciudad. La sensación de trauma y de pérdida es colectiva, el grado de destrucción es enorme, y sigue habiendo graves peligros a causa de las municiones sin estallar y otros restos de guerra.

“No puedo dejar mi ciudad. Aquí, puedo conservar mi dignidad”.



“Alepo era el paraíso, lo teníamos todo. Y de pronto, en un instante, no tuvimos nada. Jamás pensé en irme. Sin embargo, comprendo a las personas que huyeron: no tenían opción. Alepo era una ciudad segura. Repentinamente, dejó de ser un lugar apacible para transformarse en un sitio extremadamente peligroso. Diría que al menos el 40% de los vecinos abandonaron este barrio”.

Mohammad, un hombre de 48 años, padre de cinco hijos, se gana la vida fabricando muebles en un pequeño taller en el barrio de al-Mashrq, en Alepo oriental, situado en la línea del frente entre las fuerzas del gobierno y las de la oposición mientras duraron las hostilidades.

“MEMORIAS DE UNA CIUDAD ANTES LLENA DE VIDA”

Una ciudad antigua atrapada en un conflicto olvidado

Situada en el sudoeste de Yemen, a una hora de distancia del Mar Rojo por carretera, la montañosa y antigua ciudad de Taiz era, tiempo atrás, un polo industrial y un centro de producción de café, así como la capital cultural del país.

Hoy, grandes partes de la ciudad, incluso muchos de sus característicos edificios de ladrillos marrones y blancos, están en ruinas. Las calles están llenas de automóviles quemados y de escombros.

Los habitantes de la ciudad –más de medio millón de personas¹²– experimentaron graves sufrimientos a causa del fuego de artillería, los francotiradores, las luchas calle por calle y los bombardeos aéreos. Si bien se cree que cientos de miles abandonaron la ciudad¹³, unas 200.000 personas permanecieron en Taiz

durante los 15 meses en que la ciudad se halló casi completamente asediada. Ver: Efectos combinados: Personas desplazadas en zonas urbanas, página 46.

Debido al relativo estancamiento de la situación entre las fuerzas opositoras, las líneas del frente apenas se han movido en meses, lo que deja a la población en medio de una confrontación larga y enconada.

Aunque el asedio se ha levantado en parte, la situación humanitaria en la ciudad sigue siendo catastrófica: no hay alimentos y los servicios públicos –en particular, la asistencia médica y la educación– están prácticamente destruidos. Las calles de la ciudad, antes bulliciosas, se han transformado en lugares temibles. Ver: La historia de Hanan, más abajo.

Mujeres y niños recogen agua de un camión cisterna, en una zona sitiada de Taiz. Noviembre de 2016.





CONSECUENCIAS CATASTRÓFICAS PARA LA SALUD

Al igual que otras ciudades en guerra, las repercusiones en la asistencia de salud han sido catastróficas. En noviembre de 2016, en un período de solamente 72 horas, los hospitales principales de Taiz recibieron un promedio de 200 pacientes heridos por día. Muchos de ellos presentaban heridas causadas por explosiones y debieron sufrir amputaciones.

La abrumadora demanda de atención médica urgente se presenta justo cuando los sistemas de salud pública de Taiz están prácticamente destruidos. Los centros de salud pública han cerrado sus puertas y los dos únicos hospitales de la ciudad funcionan con recursos mínimos y con cada vez menos personal. Los restantes trabajadores de salud soportan largas horas de trabajo, cortes de energía frecuentes y bombardeos debido a su proximidad a las líneas del frente.

Puesto que los hospitales deben dar prioridad a las personas con heridas potencialmente mortales, rara vez disponen del tiempo o de los recursos necesarios para ocuparse de cuestiones de salud pública, como la salud materno-infantil, las enfermedades crónicas o respiratorias, las vacunaciones de rutina o el control de

enfermedades infecciosas. Los hospitales de campo de los grupos armados también se centran principalmente en los heridos.

Los servicios de ambulancia ordinarios son prácticamente inexistentes y las hostilidades a menudo interfieren con la capacidad de los trabajadores médicos y humanitarios de llegar hasta los heridos. Toda misión de emergencia en el terreno exige múltiples negociaciones por teléfono y en los puestos de control de la ciudad. Esas negociaciones llevan tiempo, lo que hace peligrar las vidas de quienes necesitan ese servicio.

A ello se suma la desesperante situación de la asistencia de salud en todo el país: con más de 160 centros de salud atacados desde 2015⁴⁴ y cientos más que han cerrado sus puertas por la falta de combustible y de insumos, hoy presta servicios solo el 45% de las instalaciones de salud⁴⁵. La escasa cantidad de medicamentos e insumos médicos esenciales que ingresan a Yemen –menos del 30% de lo que se necesita– y las irregularidades en la remuneración de los trabajadores de salud y los prestadores de servicios esenciales no hacen más que empeorar el cuadro.

Un hombre mayor atraviesa una parte de su barrio dañada durante los enfrentamientos. Diciembre de 2016.





“Ese día,
mi vida
terminó”

— Hanan, una residente
de Taiz que perdió a
su esposo, con su hija.

LA HISTORIA DE UNA VIUDA

En sus propias palabras

“Mi esposo no era un combatiente. Ni siquiera sabía cómo portar un arma. Tenía su propia clínica odontológica y yo trabajaba con él como secretaria. Teníamos una beba recién nacida. Nuestra vida era muy feliz, hasta que estalló la guerra en la ciudad y todo cambió.

No queríamos abandonar el lugar donde habíamos pasado toda la vida, así que decidimos quedarnos en la casa donde mi esposo tenía su clínica, a pesar de los intensos enfrentamientos y de ocasionales bombardeos.

Todos nuestros vecinos se fueron, porque nuestra zona estaba llena de destrucción, sangre, miedo y soledad.

Cuando había enfrentamientos, abrazaba a mi hija y la llevaba a otra habitación, para protegerla del ruido.

En uno de esos días difíciles, mi esposo salió a comprar algunas cosas para la casa. Cuando regresaba, un francotirador que se hallaba en un tejado cercano le disparó y lo mató.

Ese día, mi vida terminó. Perdí a mi esposo, mi trabajo y mi casa. No podía pagar el alquiler y fui a vivir con mi familia. Mi padre, con sus escasos ingresos, mantiene a mis siete hermanos y a nosotras dos. Nada queda para mí aquí, salvo las memorias de una ciudad que, en otros tiempos, estaba llena de vida.

Quisiera que la guerra terminara y que pudiésemos ver a los niños ir a la escuela. Quiero verlos jugar y divertirse como antes. Quiero un futuro mejor para mi hija, un futuro sin guerras ni muertes”.



A. Lohm/CORBIS

Niños juegan en las calles de Mosul. La ciudad sufrió graves daños durante las ofensivas recientes. Numerosas viviendas y la infraestructura civil quedaron destruidas o dañadas. Marzo de 2017.

MOSUL, IRAK

“POR DONDE MIRARAS, HABÍA ALGUIEN TRATANDO DE MATARTE”

Caracterizada por enfrentamientos intensos, calle por calle y casa por casa, la batalla por Mosul al principio pareció evitar la destrucción en gran escala causada en algunas otras batallas urbanas en Irak. Pero, a medida que aumenta el número de víctimas, el costo para los civiles se hace cada vez más insoportable.

Youssef estaba desayunando, cuando la batalla por la ciudad llegó hasta su propio umbral. “Cuando tomaba un trago de té, una explosión salió de la nada”, dice Youssef. “La metralla atravesó mis brazos y piernas. Me puse de pie, corrí al auto y me llevaron al hospital. Tengo heridas en las piernas, en los brazos y en la cabeza. Todos los miembros de mi familia resultaron heridos en ese ataque”.

Youssef tuvo la suerte de sobrevivir. Pero son muchos los que se han familiarizado con esta aterradora experiencia, ya que las hostilidades en Mosul prosiguen, creando graves dificultades para los 1,5 millones de habitantes de la ciudad.

Las operaciones militares que se despliegan constantemente, día y noche; las líneas del frente que cambian con rapidez; el temor por la

seguridad de los seres queridos, y los peligros, percibidos o reales, de salir para intentar obtener servicios vitales, como asistencia de salud, agua o alimentos, son solo algunas de las dimensiones clave del enorme costo que los civiles pagan por las hostilidades.

Joshua Baker, que dirigió *Battle for Mosul* (“La batalla por Mosul”), un documental producido por PBS y *The Guardian*, dice que prácticamente no había distancia alguna entre combatientes y civiles durante los enfrentamientos en Mosul oriental.

“Uno de los comandantes me contó que a veces los enfrentamientos son tan intensos que, por ejemplo, él puede estar en la cocina disparando a su enemigo, que a su vez le dispara a él desde la sala, mientras hay civiles –familias– en el piso de arriba”, contó Baker, quien, antes de quedar herido en un ataque, estaba integrado en un equipo de las fuerzas de operaciones especiales de Irak en Mosul.

Baker tenía la impresión de que la violencia extrema de la que era testigo se había convertido

en algo normal para la traumatizada población. Cuenta la historia de la emboscada tendida al convoy con el que viajaba:

“Logramos salir con el Humvee blindado en marcha atrás unos 200 metros hasta que llegamos a otra calle. Mientras estábamos allí sentados, vimos combatientes a la vuelta de la esquina. Unos niños jugaban cerca de nosotros. Salí del Humvee y lo rodeé para tratar de ponerme a cubierto, cuando un atacante [suicida] se detonó en la otra calle. Había otros niños jugando en ese lugar, con sus padres allí cerca. Uno sabe que ellos son conscientes de lo que ocurre, pero la violencia, de algún modo, parece haberse transformado en algo normal”.

Además, las deficientes prácticas en materia de gestión de restos humanos, que a menudo quedan a la vista o están bajo los escombros, intensifica el clima de malestar y congoja, incluso cuando las personas comienzan a retomar una vida diaria un poco más normal. Muchos cadáveres se dejan en lugares públicos e incluso cerca de fuentes de agua, lo que agudiza el impacto emocional en los civiles y aumenta su temor¹⁶.

“Solo nos fuimos a causa de los bombardeos. Si nos hubiésemos quedado, ya estaríamos muertos”. En los conflictos urbanos, las viviendas a menudo se transforman en campos de batalla. Khaled y su esposa (en la foto), en una de las deterioradas habitaciones de su casa, en el barrio de al-Tamnín. Febrero de 2017.





Familias desplazadas de Mosul occidental. Marzo de 2017.

Hoy, Mosul oriental aún tiene dificultades para garantizar la prestación de servicios esenciales, como agua, electricidad, asistencia de salud y recolección de residuos. Los mercados funcionan de nuevo y los restaurantes están retomando su actividad, pero muchos sencillamente no tienen con qué pagar los alimentos que se ofrecen a la venta.

“Faltan tantos servicios esenciales”, dice Dany Merhy, coordinador sobre el terreno del CICR en Erbil. “Algunas personas se están desplazando de nuevo. Se trasladan a campamentos u otros

lugares, porque siguen faltando los servicios y los alimentos. Y las organizaciones humanitarias continúan luchando por obtener un acceso permanente y seguro a diversas partes de la ciudad”.

Muchas casas, edificios públicos, hospitales y zonas o calles dañadas necesitan trabajos de reparación o de reconstrucción. Mientras tanto, la situación de seguridad sigue siendo frágil, puesto que los lugares públicos, como los mercados, siguen siendo objeto de ataques.

PARTIR O QUEDARSE: UNA DECISIÓN DE VIDA O MUERTE

Pese a las penurias y a los peligros, la batalla por Mosul también refleja algunos avances en los esfuerzos por prevenir el desplazamiento, la pérdida de vidas y los daños en gran escala. Es la más reciente de varias batallas urbanas importantes libradas en Irak durante los últimos 14 años, como las de Bagdad, Faluya y Ramadi.

La reciente batalla por Ramadi, que fue recapturada al grupo Estado Islámico por el ejército iraquí tras cuatro meses de enfrentamientos encarnizados, fue extremadamente destructiva. Casi todos los habitantes de Ramadi escaparon de la ciudad en algún momento de las hostilidades. Pero, como

fue destruido casi el 80% de la ciudad¹⁷ —que además quedó sembrada de explosivos—, los residentes prácticamente no tenían adónde volver. A mediados de marzo de 2017, más de un año después de finalizada la batalla, solamente había regresado alrededor del 60% de los habitantes desplazados¹⁸.

A nivel de todo el país, incluso antes de que comenzara la ofensiva iraquí contra Mosul a mediados de octubre de 2016, los iraquíes desarraigados de sus hogares totalizaban casi la décima parte de la población¹⁹ y alrededor de un tercio de esa cifra necesitaba alguna forma de

asistencia humanitaria urgente. Aparentemente, para evitar otro éxodo masivo y potencialmente desastroso, el ejército iraquí distribuyó panfletos en Mosul en los que alentaba a los civiles a permanecer en la ciudad.

Para los civiles, la de partir o quedarse es una decisión compleja y, en muchos sentidos, imposible, en vista de los riesgos que conlleva cualquiera de las dos acciones: ¿huir y arriesgarse a morir en el camino o quedarse y correr el peligro de quedar atrapado en el fuego cruzado? En ninguno de los dos casos

existe la garantía de que alguien responda a sus necesidades o a las de su familia. Ver: Efectos combinados: Personas desplazadas en zonas urbanas, página 46.

En el caso de Mosul, tres meses después de encarnizados enfrentamientos calle por calle en la parte oriental de la ciudad, en enero de 2017 había huido de la ciudad o de las aldeas vecinas menos de la sexta parte de los residentes²⁰. Esta cifra resultó considerablemente inferior a la prevista.

“La violencia simplemente parece haberse convertido en algo normal”.

Un niño encuentra una forma creativa de usar su bicicleta para llevar combustible a su casa, pasando por delante de soldados iraquíes. Marzo de 2017.



ENFRENTAMIENTOS FEROCES, LÍNEAS DE FRENTE DIFUSAS

Si bien Mosul occidental es una zona más pequeña desde el punto geográfico, debido a sus calles estrechas y compactas y a su mayor densidad poblacional, las líneas del frente resultan aún más difusas, lo cual agrava los peligros que acechan a las 500.000 personas que aún viven allí. Para finales de marzo, menos de un mes y medio después de que se iniciara la batalla por Mosul occidental, las bajas civiles habían aumentado considerablemente, al igual que las tasas de desplazamiento. A principios de abril, se habían desplazado de Mosul y de sus alrededores más de 300.000 personas²¹, de las cuales unas 274.000 eran residentes de la propia ciudad²². Sin embargo, las rutas seguras para la huida de los residentes son pocas. Si bien sigue siendo imposible confirmar el número de fallecimientos, los hospitales han comenzado a recibir cada vez más heridos. Mientras continúa la batalla por Mosul occidental, los trabajadores humanitarios siguen esforzándose por obtener un acceso seguro y sin trabas a la zona a fin de proporcionar alimentos, agua, asistencia médica y otros servicios básicos y vitales a la población.

Mosul ilustra las nuevas tendencias y presenta nuevos desafíos para proteger a los civiles y la infraestructura en la guerra urbana. Mientras la batalla principal es librada por combatientes sobre el terreno y dentro de la ciudad, con el apoyo aéreo y ataques desde el aire de la coalición iraquí, también han hecho su aparición las nuevas tecnologías, por ejemplo, los drones lanzagranadas.

En la batalla por Mosul, muchos combatientes reconocen que el objetivo de largo plazo es asegurar la estabilidad de Irak. “Pero, como me dijo un comandante”, señala Baker, “los objetivos de corto plazo son hacer el trabajo y ganar la próxima batalla. Obviamente, los objetivos de largo plazo son más importantes, pero los de corto plazo pueden causar tu muerte si no los cumples correctamente”.



Esta familia abandonó su hogar cuando cesaron los enfrentamientos en su barrio de Mosul. Febrero de 2017.

“Los ataques venían de todos lados: atacantes con bombas, camiones bomba, granadas lanzadas desde drones, francotiradores ... Por donde miraras, había alguien tratando de matarte”.

— Joshua Baker, director de Battle for Mosul, documental producido por PBS y The Guardian.



“Las personas nos
acogieron pese a hallarse
en circunstancias difíciles”.

— *Mohammed en su casa dañada,
con su hermano Ibrahim.*

A. Liohn/CICR

REGRESAR A LAS RUINAS

En sus propias palabras

“Las bombas, los morteros y las balas silbaban por encima de nuestras cabezas. Todos los vecinos estaban huyendo. Fue horrible. Las mujeres, los niños y las personas discapacitadas tenían que atravesar todo esto hasta llegar a un lugar más seguro.

[Las personas] nos acogieron pese a sus propias dificultades y sus circunstancias humildes. Pensamos que podríamos regresar en dos días, por lo cual partimos sin llevar más que la ropa que teníamos puesta. Terminamos por quedarnos 45 días. Después, regresamos.

Nos encontramos con que nuestro automóvil había quedado reducido a un bastidor de metal y nuestras viviendas habían sufrido daños irreparables. Cuatro combatientes se habían detonado en nuestra casa. Sacamos dos cadáveres a la calle.

Es posible reemplazar un auto incendiado, pero no una casa destruida. Es lo que llamamos hogar, y para uno no hay nada más valioso que su hogar.

Hoy, Mosul no es un lugar seguro. La destrucción está por todos lados. Son los residentes quienes deben ocuparse de reparar los destrozos.



Mohamed cuenta cómo él y su hermano Ibrahim y sus familias huyeron de su barrio en Mosul oriental cuando las hostilidades se intensificaron demasiado, con la esperanza de poder regresar en unos días. Cuando volvieron, un mes y medio después, encontraron sus casas destruidas y la zona gravemente dañada.



Zona residencial dañada, en Mosul oriental. Febrero de 2017.

¿CÓMO ES VIVIR EN UNA CIUDAD EN GUERRA?

Ninguna historia puede pintar por sí sola un cuadro acabado de los muchos horrores de la guerra urbana. Una ciudad en guerra es como un microcosmos de un conflicto mayor, pero con la siguiente diferencia: las consecuencias de la guerra urbana suelen intensificarse debido a la densidad y la diversidad de la población de la ciudad, y porque los habitantes dependen de la compleja y a menudo frágil infraestructura de la ciudad. Con frecuencia, los residentes de las ciudades que se hallan en las líneas de frente del conflicto soportan diversas dificultades que se relacionan entre sí y se exacerban mutuamente.

Las personas que viven bajo **asedio**, o en situaciones similares a asedios, carecen incluso de los ingredientes más básicos de una vida normal: alimentos, electricidad, agua y asistencia de salud.

Otras se ven obligadas a huir de su hogar, a trasladarse de un barrio a otro, o de una ciudad a otra –en algunos casos, varias veces–, o al campo. Estas personas, **desplazadas** en su propio país, también afrontan el hecho de que muchos de los lugares a los que huyen son inseguros y no pueden satisfacer sus necesidades.

Una razón que impide que esas necesidades sean satisfechas es que el conflicto urbano destruye o altera los **complejos sistemas** de servicios –electricidad, agua, saneamiento, recolección de residuos, asistencia de salud– que sostienen la vida urbana. Buena parte de esa alteración es causada por el uso de **armas explosivas con amplia zona de impacto**, que no solamente matan a las personas y destruyen edificios, sino que además tienen graves efectos de largo plazo en los sistemas que sustentan la vida y la salud en las ciudades.

Pero las ciudades son más que los edificios, las calles y la infraestructura. El ruido constante de las bombas, el temor a salir de la casa, la muerte de amigos, familiares y vecinos: todas estas cosas tienen un **impacto emocional y psicológico** cuyas consecuencias se deben abordar.

En las secciones que siguen, presentaremos a personas que luchan con todos estos problemas e ilustraremos el enorme impacto que estos tienen en los individuos y en las poblaciones urbanas en su conjunto.

1

CIUDADES BAJO ASEDIO

2

PERSONAS DESPLAZADAS EN ZONAS URBANAS

3

SISTEMAS URBANOS COMPLEJOS

4

ARMAS EXPLOSIVAS EN ZONAS POBLADAS, ARMAS QUÍMICAS Y CONTAMINACIÓN POR ARMAS



Personal del CICR evalúa los daños causados por los enfrentamientos recientes en el distrito de Sawan, en la ciudad de Saná, Yemen. Mayo de 2015.

“VIVIR BAJO TIERRA”

Aislados del mundo exterior y aferrados a la vida



Hoy, la guerra urbana en Oriente Medio se caracteriza por el creciente uso de una forma antigua de guerra urbana: el asedio²³. En 2016, Aleppo oriental fue sometida a un asedio ampliamente conocido, que duró 190 días; la obstrucción de la asistencia humanitaria también causó gravísimos sufrimientos entre los civiles en muchas otras ciudades y poblaciones, como Faluya, Taiz, Deir Ezzor, Foua, Kefraya y Madaya.

En el casco viejo de la ciudad siria de Homs, sitiada desde mayo de 2012 hasta mayo de 2014, Abu Hani, un vendedor ambulante, dice que su familia juntaba leña en las calles por la noche, porque no había diésel ni gas, y durante el día no podían moverse a causa de los enfrentamientos.

Abu Hani añade que, debido a la escasez de alimentos, la gente trataba de cultivar sus propias hortalizas, pero que a menudo se veían obligados a comer lentejas en descomposición y plantas que crecían en las calles y que, en circunstancias normales, no se consideraban comestibles. “Perdimos mucho peso [durante ese período]”, dice Hani. “Cuando uno tiene miedo, no piensa en comer; con una sola comida alcanza”.

En algunos casos, las ciudades en conflicto están virtualmente asediadas debido a la extrema dificultad que presentan la entrada y la salida de mercaderías. El asedio parcial impuesto a Taiz desde el verano de 2015 llevó a la economía al borde del colapso. “Casi todos los mercados de la ciudad han cerrado, y en aquellos que todavía ofrecen algunos alimentos, los precios son tan altos que nadie tiene suficiente dinero para pagarlos”, dice Nancy Hamad, encargada de la oficina del CICR en Taiz. “Los casos de malnutrición han aumentado considerablemente, sobre todo entre los niños”.

“La gente rebusca en la basura porque no consigue alimentos”, añade. “Hemos visto a mujeres hervir hojas de los árboles con tal de darles a los niños un poco de sopa caliente”.

Los enfrentamientos en una ciudad sitiada o en sus alrededores también pueden ocasionar la destrucción de las cosechas en los terrenos que se hallan dentro de la ciudad o en sus suburbios. Puede suceder también que el acceso a la campiña quede cortado. En un campamento para personas desplazadas, los niños que recientemente habían salido de una ciudad asediada recordaban el hambre intensa que habían sufrido. Un niño dijo: “No puedo recordar la última vez que vi un pollo o una oveja”.

“Hasta el día de hoy, mis hijas se despiertan por la noche, asustadas. Quieren estar con su madre. La extrañan. Todos la echamos de menos”.



Abu Hani, que perdió a su esposa y a su hijo cuando dos cohetes impactaron contra su casa en el casco antiguo de la ciudad de Homs, con sus tres hijas. Tras dos años y medio de desplazamiento, han regresado a su vivienda, que repararon con la ayuda de organizaciones benéficas. Enero de 2017.

En otra ciudad asediada, las personas sobrevivían con una magra comida al día, que por lo general consistía en un caldo hecho con agua y trigo o cebada. A veces, la gente comía arroz o trigo burgol, si lo encontraba. Algunas mujeres dijeron a los delegados del CICR que las visitaban que sus hijos más pequeños no conocían las frutas.

Para las organizaciones humanitarias, es extremadamente difícil hacer llegar alimentos u otros elementos vitales, como insumos médicos, a las personas que viven en un lugar bajo asedio. Por este motivo, siguen lanzando llamamientos urgentes para obtener acceso a las ciudades sitiadas.

El DIH no prohíbe el asedio dirigido exclusivamente contra las instalaciones militares de un enemigo, pero sí prohíbe ciertas prácticas o métodos de guerra comúnmente asociados con los asedios, como hacer padecer hambre a la población civil en forma intencional. Además, exige que las partes aseguren que los heridos y enfermos obtengan la atención médica que necesitan. Tanto los sitiados como los sitiadores, en todo momento, deben evitar causar daño a los civiles al desplegar operaciones militares.

CÓMO ENFRENTAR UNA SITUACIÓN DESESPERANTE

En un campamento para personas desplazadas, varios niños que recientemente habían salido de una ciudad asediada en Siria finalmente podían jugar. “Soy tan feliz aquí”, dijo uno de ellos. “Finalmente puedo correr. Antes, vivíamos bajo tierra y casi no podíamos salir a causa de los bombardeos. Los únicos juguetes que teníamos eran trozos de piedra”.

Las personas asediadas, que a menudo viven en ciudades devastadas, aprenden a arreglárselas sin electricidad ni agua corriente, haciendo gala de una resiliencia extraordinaria. Cuando ya no se encontraban productos de limpieza comunes en los mercados, algunas personas usaban ceniza para lavar la ropa. Algunos fabricaban su propio combustible empleando un proceso improvisado para refinar el plástico. Se hierven

pequeños trozos de plástico en cilindros durante unas nueve horas, lo cual produce un líquido conocido como *talqa*. El *talqa* puede utilizarse para accionar generadores, motocicletas, bombas de agua y otras máquinas.

El agua potable también es un elemento escaso y valioso. Los pozos disponibles se usan para regar los cultivos, por lo cual el agua se debe hervir antes de consumirla. Sin embargo, algunas personas beben agua directamente de los pozos y corren el riesgo de contraer enfermedades transmitidas por esta. El agua de los pozos se transporta con tractores hacia algunos barrios, pero, debido a la falta de combustible, los generadores que accionan las bombas funcionan solo de una a tres horas al día.

LA ASISTENCIA DE SALUD BAJO ASEDIO

Para los hospitales, la falta de agua potable y la ausencia de una nutrición correcta significan más casos de infecciones intestinales, que se suman a la constante llegada de pacientes con heridas causadas por disparos o explosiones. Numerosos hospitales son atacados o sufren la falta de equipos e insumos médicos esenciales, como anestésicos, antibióticos y fluidos intravenosos. Además, los pocos insumos quirúrgicos básicos disponibles suelen ser extremadamente costosos, en momentos en que los hospitales carecen de ingresos o de una financiación estable.

Si bien el personal hospitalario suele emplear generadores para protegerse contra los frecuentes cortes de corriente eléctrica, algunos servicios de salud esenciales no están disponibles a causa de la escasez de gasolina. Debido al colapso de la economía local o a la ausencia de fondos públicos, los hospitales carecen de los recursos necesarios para pagar los salarios del personal; con frecuencia, los médicos,

las enfermeras y enfermeros y el personal auxiliar hacen esfuerzos heroicos para lograr que las instalaciones sigan funcionando incluso mientras luchan por alimentar a sus propias familias. Pero, al igual que muchos sectores de la sociedad, los hospitales bajo asedio sufren una grave falta de personal.

En muchos casos, las organizaciones humanitarias proporcionan equipos e insumos médicos, así como otros tipos de apoyo, incluso dinero para pagar los salarios del personal. Pero las restricciones al acceso a las zonas sitiadas hacen que esa ayuda sea fragmentaria, insuficiente y, en algunos casos, imposible de sostener.

Además, los lugares fuera de las zonas urbanas donde la población puede refugiarse son pocos, porque solo las ciudades cuentan con los recursos que se necesitan para mantener a grandes números de personas.



A. Al-Rasni/CICR

Las restricciones impuestas al movimiento de bienes hacia y dentro de Taiz desde julio de 2015 han obligado a muchas personas a emprender viajes difíciles y a menudo peligrosos, por escarpados caminos de montaña, para obtener alimentos y otros artículos básicos. Taiz, monte Sabir, Taloq, julio de 2016.



LA HUIDA DE UNA CIUDAD EN GUERRA Y EL REGRESO: ALGUNAS EXPERIENCIAS ATERRADORAS

En sus propias palabras

La historia de Ammar y Ranim

Ammar y Ranim experimentaron en forma directa los terrores de la guerra urbana. Narran cómo, en 2012, huyeron con su beba de la ciudad siria de Homs, devastada por la guerra, tras lo cual residieron en dos ciudades cercanas antes de regresar a su lugar de origen. Ammar también recuerda la primera vez que la familia volvió a su antiguo hogar en Homs. Su historia no es muy diferente de la de los aproximadamente seis millones de personas desplazadas dentro de Siria. Ver la sección sobre personas desplazadas, página 46.

Ammar: Cuando llegamos a una zona próxima a la vieja plaza del reloj de Homs, hubo un tiroteo intenso. Un grupo de oposición atacó desde un lado, y los soldados del ejército respondieron el fuego desde un edificio cercano al lugar donde habíamos estacionado el automóvil. Yo estaba parado delante del auto y mi mujer y la beba se hallaban en el asiento trasero. Los casquillos de las balas golpeaban las ventanas del auto.

Ranim: Finalmente, tras unos momentos aterradores, logramos llegar a nuestra casa.

Ammar: En esos momentos, se estaban instalando puestos de control en nuestro barrio, y la electricidad y el agua estaban cortadas. Poco a poco, iban desapareciendo todos los servicios básicos de la vida.

Pero salir de una ciudad en conflicto no es fácil ni seguro. Ammar y Ranim recuerdan su peligrosa salida hacia la cercana ciudad de Tartús.



Ammar visita su antiguo barrio, en Homs, Siria. Enero de 2017.

Ammar: Llegamos al primer puesto de control, donde había muchos soldados. Se acercó un oficial y me preguntó qué hacíamos allí. Le dije que nos dirigíamos a Tartús. Nos dejó ir, pero nos aconsejó viajar con la mayor rapidez posible. Hicimos lo que dijo, pero un minuto después, llegamos a otro puesto de control, donde los soldados inmediatamente nos apuntaron con sus armas. Saqué la mano por la ventanilla y les hice una seña. Mi esposa estaba muy asustada.

Un oficial con expresión airada se acercó al auto. “¿Quiénes son ustedes?”, preguntó.

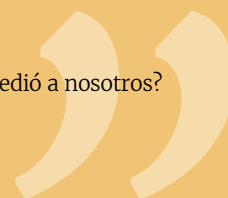
Dije que estaba viajando a Tartús con mi familia. Respondió que, si no hubiese visto a la beba, habría ordenado a sus soldados abrir fuego contra el auto. “Ella los salvó”, dijo. Después de eso, nos permitió seguir nuestro camino.

Finalmente, fueron a vivir a otra parte de Homs, para que Ranim pudiera retomar su trabajo de maestra. Para los pañales, la ropa y la leche de la beba, dependían de las donaciones de entidades benéficas.

Ammar: Después de dos años, terminó el asedio. Formé parte del primer grupo que regresó a la zona. Fui directamente hacia mi casa. Nuestra calle estaba bloqueada por las barricadas, y tuve que entrar a otra casa, saltar de allí a otra, y así hasta llegar a la nuestra. No puedo explicar lo que sentí; la impresión fue muy grande. Los muebles estaban en pedazos, una de las paredes estaba destruida... busqué y encontré algunas de nuestras posesiones más preciadas, cosas de gran valor sentimental para nosotros, cosas que nos traían recuerdos.

Ranim: Llamé a Ammar. Mientras hablaba conmigo, lloraba.

Ammar: Sí. Lloraba porque no sabía por qué me había pasado esto. ¿Por qué nos sucedió a nosotros?



“SI NOS HUBIÉSEMOS QUEDADO, YA ESTARÍAMOS MUERTOS”

Huir hacia, desde o dentro de ciudades en guerra: las dificultades que afrontan las personas desplazadas en zonas urbanas

Durante los conflictos armados, las personas huyen de sus hogares por múltiples razones, para protegerse a sí mismas y a sus familiares. Huir puede ser el único medio para salvar la vida. En algunos casos, y a menudo contrariando las normas del DIH, son desplazadas a la fuerza. Pueden irse apresuradamente o planear cuidadosamente la partida, con ciertas pertenencias esenciales o solo con la ropa que llevan puesta. Vayan adonde vayan, el desplazamiento tiene consecuencias importantes y de largo plazo para las personas y familias que huyen, así como para las comunidades que las reciben y para el país en su conjunto, sobre todo cuando las personas se desplazan por períodos prolongados.

Unos 17,5 millones de personas²⁴ han huido de sus hogares a consecuencia de las guerras que se libran en Yemen, Irak y Siria. La mayoría, unos 11,9 millones, ha permanecido dentro de sus propios países. Conocidas como personas internamente desplazadas, se cuentan entre los civiles más vulnerables. A menudo siguen en peligro de ser atacadas y no siempre logran llegar a zonas enteramente seguras. Muchas veces, se desplazan repetidas veces, cuando las zonas a las que huyen se transforman en zonas de las que deben huir.

“Teníamos una vida buena y cómoda. Teníamos una casa y yo tenía un trabajo con un salario mensual estable. Cuando estalló la violencia, yo, como muchos otros, perdí mi trabajo. Lo perdimos todo.

Ahora tengo que pedir dinero prestado para comprar leche para mis hijos. Aquí no hay escuelas, y no puedo pagar el transporte para llevarlos a clase. Mi hijo tiene una enfermedad de la piel, pero como no tengo automóvil, no puedo llevarlo a la clínica para que reciba su tratamiento”.

— Un hombre iraquí, padre de diez hijos, desplazado de la ciudad de Sinjaren en 2014 y que, desde entonces, se traslada de un lugar a otro.



I. Sherkhani/CICR



S. Tarabishi/CICR

Personas desplazadas por los enfrentamientos en Mosul hacen cola para recibir alimentos provistos por el CICR y la Media Luna Roja de Irak, en un campamento que alberga a 250.000 personas. Enero de 2017.

Marianne Gasser, jefa de delegación del CICR, con dos niños desplazados de su hogar en Aleppo. Sus familiares, así como muchas otras personas en este refugio, se vieron obligados a escapar de nuevo cuando los enfrentamientos afectaron esta zona. Julio de 2016.

Las personas desplazadas pueden trasladarse a las ciudades en busca de seguridad, alimentos, asistencia de salud y trabajo, pero no hay garantía alguna de que encuentren lo que buscan, porque los recursos ya escasean o se encuentran severamente restringidos debido a los enfrentamientos en zonas cercanas. Aleppo, escenario de una de las batallas urbanas más cruentas de la historia reciente, atrajo a miles de sirios de lugares cercanos. Pese a la violencia, algunas partes de Aleppo todavía parecían relativamente seguras y tal vez resultaban lugares atractivos debido a que la ciudad se hallaba próxima a los lugares de origen de las personas que llegaban. Pero a medida que las líneas del frente se desplazaban y algunas de esas zonas anteriormente seguras se veían afectadas, muchas personas debieron volver a escapar.

Todo esto demuestra la medida de los sufrimientos de la población. “En algunas zonas que visité, la destrucción era enorme y absoluta”, dice Avril Patterson, coordinadora de salud

del CICR en Siria desde hace tres años. “Se ven edificios completamente destruidos o totalmente inhabitables. Y después, uno entra y se encuentra con un hospital de campo en el sótano”.

La destructividad y los métodos de la guerra moderna ayudan a explicar por qué las personas tienen que abandonar sus hogares y comunidades. En algunos casos, la falta absoluta de servicios esenciales y vitales obliga a comunidades enteras a trasladarse con rapidez solo para conseguir asistencia médica urgente. Este es, por ejemplo, el caso de Mosul. “Muchas personas heridas tenían problemas para recibir atención médica en Mosul”, dice Sarah al-Zawqari, delegada de comunicación del CICR en Irak. “Me contaron la historia de un niño de 13 años que recibió un disparo mientras trataba de escapar. Tuvo que esperar entre tres y cuatro horas para que lo evacuaran. Un hombre me contó que, cuando su esposa entró en trabajo de parto, le llevó entre siete y ocho horas salir de la ciudad y encontrar un hospital de campo donde ella pudiera dar a luz”.

DESPLAZADOS, PERO INVISIBLES

Cualesquiera sean las razones por las que dejan su hogar, la difícil situación de las personas que huyen a las ciudades suele complicarse más aún porque, por lo general, esas personas son menos visibles que las que huyen a zonas rurales o a campamentos de acogida para personas desplazadas. Por ejemplo, en algunas ciudades sirias, los edificios abandonados o sin terminar se han transformado en albergues colectivos. Algunas familias han instalado alojamientos provisionales en esos edificios; muchas otras han ido a vivir con familiares.

El movimiento de grandes masas de personas en Alepo occidental que tuvo lugar en agosto de 2016 es un ejemplo patente. Miles de personas abandonaron sus hogares y se refugiaron donde pudieron, con inclusión de parques públicos, mezquitas, escuelas y edificios sin terminar. Muchos de los edificios sin terminar no tenían paredes, retretes ni agua corriente. Las estructuras inicialmente concebidas como viviendas de lujo se han transformado en refugios colectivos no oficiales, que carecen de sistemas de saneamiento, de infraestructura de agua y de caminos. Las organizaciones humanitarias tuvieron que improvisar una respuesta: por ejemplo, instalaron paneles aislantes para proteger a las personas del frío o del calor y tabiques para proveer intimidad, e idearon soluciones de corto plazo para el suministro de agua.

Las necesidades de las personas desplazadas suelen ser muy complejas y no se limitan a la asistencia material. En el caos de las partidas repentinas y apresuradas, por ejemplo, las familias a veces quedan separadas y es frecuente que las personas pierdan o se olviden de llevar consigo los documentos oficiales necesarios para acceder a servicios esenciales como la asistencia de salud y la educación.

Como las personas a menudo se trasladan sin que haya un seguimiento por parte de las autoridades o de las organizaciones humanitarias, a veces es difícil saber dónde se encuentran las personas desplazadas, cuáles son sus necesidades y cómo responder con eficacia, sobre todo en el caso de grupos vulnerables, como los ancianos, las personas discapacitadas y los niños separados de sus padres. En las ciudades, especialmente las de mayor tamaño, la dispersión de las personas desplazadas dificulta en sumo grado la tarea de identificarlas y llegar hasta ellas.

En algunas ciudades, se han organizado sistemas para ayudar a buscar a las personas desplazadas, pero esas estructuras no siempre son capaces de mantenerse a la par de los acontecimientos. Por lo tanto, es probable que las estimaciones del número de personas desplazadas en esas ciudades sean muy conservadoras y que la información sobre sus necesidades sea incompleta, lo que complica aún más la elaboración de una respuesta plena y efectiva.

Una familia huye de las zonas sitiadas de Taiz por un camino de montaña lodoso y sin pavimentar. Noviembre de 2016.



REGRESAR A CASA

La seguridad de sus lugares de origen no es el único problema que deben encarar las personas que desean regresar a su hogar. La pérdida de los documentos oficiales puede plantear toda una serie de problemas, en particular, porque los gobiernos a veces imponen obstáculos burocráticos a la reintegración. La destrucción de sus bienes es otro problema importante, ya que, en la mayoría de los casos, las personas carecen del dinero y de los recursos que necesitan para reconstruir sus viviendas.

“Con frecuencia, las personas quieren volver a su casa cuanto antes. Les preocupa que sea ocupada por otros o temen perderla”, señala Patterson. “Volver a casa es una forma de recuperar su identidad. Pero el regreso depende del estado en que se encuentre su vivienda”.

En numerosas ciudades afectadas por conflictos en Oriente Medio, muchos desplazados no tienen adónde regresar. En el caso de Ramadi (Irak), por ejemplo, según diversas fuentes²⁵, unos 2.000 edificios y 48.000 viviendas residenciales quedaron parcial o totalmente destruidos. Además, se destruyeron partes esenciales de la infraestructura, como los puentes, el hospital principal, la estación de trenes y una planta de tratamiento de agua que abastecía a más de la mitad de los residentes de Ramadi.

Un anciano entra en su casa en Mosul, destruida durante los enfrentamientos recientes. Las personas mayores a menudo sufren penurias extremas cuando huyen de su hogar. En muchos casos, su debilidad les impide partir, incluso cuando los enfrentamientos son intensos. Marzo de 2017.



PÉRDIDAS GRADUALES

Algunas personas pierden todo de golpe, pero las pérdidas graduales causadas por el desplazamiento pueden ser igualmente devastadoras. Los desplazamientos prolongados y reiterados suelen agotar los recursos de quienes inicialmente logran estabilizar su situación y recuperar algunos bienes, a menudo con la ayuda de amigos y familiares.

Tomemos el caso de Jamal* y su familia. En 2015, a causa de los intensos bombardeos aéreos y enfrentamientos en Saqqin, su ciudad natal, situada en la zona rural de Sadá (Yemen), él, su esposa y sus ocho hijos se vieron forzados a huir a un suburbio de Saná, la capital del país. Antes de la guerra, Jamal, que ahora tiene 50 años, tenía un

trabajo estable como peón rural. Pero desde que dejó su hogar, no ha podido hallar trabajo y se ha endeudado. Dos de sus hijos padecen cáncer. Jamal está desesperado por mantener a sus familiares, que continuamente se ven obligados a saltarse comidas porque no hay dinero para comprar alimentos.

“No nos queda nada”, dice Jamal. “Vendí las alhajas de oro de mi esposa y todo lo que teníamos. No tengo dinero para llevar a mis hijos al hospital. Vivimos en una casa, pero ya no tengo con qué pagar el alquiler. Mis hijos no fueron a la escuela en todo el año pasado [2016] a causa de nuestra situación”.

* Nombre ficticio



Alepo. Un niño bebe agua de un pozo reparado por el CICR. Agosto de 2015.

SISTEMAS URBANOS COMPLEJOS

“NUESTRO OBJETIVO: ASEGURAR LA NEUTRALIDAD DEL AGUA”

Las guerras en las ciudades y en sus alrededores afectan el funcionamiento de las redes de servicios que los residentes urbanos necesitan para sobrevivir

Hamed* trabaja como técnico en una planta de abastecimiento de agua en las afueras de Alepo y ha tropezado con numerosas dificultades al tratar de mantener el servicio para las personas de todas las partes del conflicto en Siria.

“Durante la crisis, teníamos que trabajar en dos plantas de agua y cruzábamos las líneas del frente todas las semanas, en coordinación con los asociados humanitarios y las partes en el terreno”, dice Hamed.

Una de las plantas de agua no solo fue ocupada por grupos armados durante distintos períodos de tiempo, sino también saqueada para extraer sus alambres de cobre. “Nuestro objetivo era mantener la planta de agua en funcionamiento y asegurar la neutralidad del agua”, dice Hamed. “Pasamos momentos horribles; era como si estuviésemos en una película de terror”. Durante una misión de alto riesgo a una zona controlada por tres partes en el conflicto, hubo enfrentamientos; Hamed recibió un disparo y fue llevado al hospital.

** Nombre ficticio*

EL AGUA DEBE FLUIR INCLUSO EN LA GUERRA

Los ataques que afectan objetos indispensables para la supervivencia de la población, así como otras alteraciones de su funcionamiento –causadas, por ejemplo, por daños a las plantas de transferencia de agua, a las líneas eléctricas o a las cañerías subterráneas de aguas residuales ocasionados por el uso de armas explosivas poderosas– se han transformado en prácticas habituales en las guerras urbanas de hoy.

Además de recordar a todas las partes beligerantes su obligación de respetar y de no dañar estas piezas de infraestructura vitales, el CICR y sus Sociedades Nacionales de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja asociadas colaboran con los organismos locales de abastecimiento de agua y con los proveedores de servicios con miras a fortalecer los servicios de agua, electricidad y saneamiento existentes para que puedan soportar mejor los prolongados conflictos que hoy afectan a las ciudades de Oriente Medio²⁶.

“Para evitar esas crisis, necesitamos servicios que puedan responder a los efectos de las perturbaciones causadas por los conflictos y recuperarse con la mayor rapidez posible cuando las circunstancias lo permiten”, señala Michael Talhami, coordinador de las operaciones de agua y hábitat del CICR para Oriente Próximo y Oriente Medio.

En muchas ciudades de Oriente Medio, las fuentes de agua y las estaciones de bombeo se ubican fuera de los límites de la ciudad o se hallan

esparcidas geográficamente, y las líneas de agua principales cruzan territorios controlados por combatientes armados rivales. Antes de aumentar el número de fuentes de agua, es preciso realizar evaluaciones detalladas con objeto de reducir el riesgo de que una sección de la ciudad quede sin agua si las líneas del frente se desplazan o si se dañan los equipos. En Taiz, por ejemplo, el CICR, en colaboración con el organismo local de abastecimiento de agua, reparó los pozos viejos y perforó otros nuevos, tanto dentro como fuera de la ciudad. Esos pozos ahora suministran casi el 90% del agua potable de la ciudad.

Cuando, este año, se intensificaron los enfrentamientos en la ciudad portuaria de Hodeida, situada sobre el Mar Rojo, en la zona occidental de Yemen, el CICR colaboró con los organismos locales de abastecimiento de agua para aumentar el número de pozos en toda la ciudad, como respaldo en previsión de posibles cortes del servicio. Se compraron anticipadamente partes esenciales del equipamiento, que a veces pueden ser muy especializadas. Esta medida se tomó porque, en muchos casos, hasta que se reciben los componentes nuevos y se adaptan para poder utilizarlos en sistemas antiguos, pueden pasar varios meses. Esos meses ganados son críticos para las personas que necesitan agua potable y servicios de saneamiento. Es importante aplicar un enfoque proactivo en forma temprana, ya que aumentar el abastecimiento de agua en una ciudad afectada por hostilidades puede resultar sumamente complicado.



Un ingeniero del CICR y un miembro del organismo local de abastecimiento de agua conectan la principal tubería pública de agua para aprovisionar un distrito de la ciudad yemení de Saná. Diciembre de 2016.

UN ENTORNO DE ESTRÉS

Lamentablemente, estos conflictos, así como las actividades humanitarias encaminadas a restablecer los servicios, llegan después de muchas décadas durante las cuales las provisiones de agua han ido disminuyendo. Todo Oriente Medio afronta una serie de graves problemas: la antigüedad de la infraestructura, que presenta numerosas fugas; la sequía; la reducción de los acuíferos y el descenso en el nivel de las napas de agua; la desertificación de las tierras cultivables; y la salinización²⁷.

Según los expertos, la opción de simplemente perforar más pozos y extraer agua en situación de emergencia no es un enfoque sostenible. “La reducción gradual de los niveles de agua en estos pozos ya es evidente y resulta muy alarmante”, dice Maurizio Peselj, jefe del equipo de agua y hábitat del CICR en Alepo.

La respuesta de las agencias y organizaciones humanitarias, por lo tanto, debe tomar en consideración toda una serie de cuestiones complejas: la naturaleza multifacética y la interrelación de los servicios urbanos esenciales; el impacto acumulativo, directo e indirecto, de los conflictos, agudizado por las reiteradas violaciones del DIH; la seguridad del personal: el acceso a las personas necesitadas; las políticas de un entorno de trabajo con un elevado nivel de seguridad; y una financiación que no se corresponde con la duración ni con la magnitud de las necesidades²⁸.

Pese a las complejidades de la tarea, la envergadura de los daños y los peligros y privaciones, Hamed*, el trabajador del organismo de abastecimiento de agua de Alepo, confía en que su aporte al mantenimiento del suministro de agua tendrá buenos resultados. “A lo largo de la historia, esta ciudad ha sobrevivido a muchas crisis y terremotos y se ha adaptado a situaciones muy difíciles”, dice. “Alepo será reconstruida y prosperará una vez más”.

**Nombre ficticio*

Un ingeniero del CICR comprueba el motor de un generador eléctrico en el hospital de Al-Thawra, en la gobernación de Hodeida. Mayo de 2016.



Residentes locales se abastecen de agua en una toma de agua instalada por el CICR cerca de Taiz. Agosto de 2016.



Al-Madinah al-Siyahiyah, Irak. Las personas llenan sus botellas. El CICR reparó la estación de bombeo y filtrado de agua de la ciudad, que había sido dañada por los enfrentamientos. Enero de 2015.

Las ciudades hacen una gran contribución a las economías nacionales y regionales, puesto que sustentan la agricultura, la industria y el comercio, pero también dependen de los recursos externos. La mayor parte de los alimentos que consumen sus habitantes provienen de establecimientos agrícolas situados en los suburbios o mucho más lejos. El combustible que se necesita para los automóviles, camiones, generadores eléctricos y sistemas de calefacción habitualmente procede de pozos y refinerías situados a distancia de los centros residenciales. Las plantas de generación eléctrica, las rutas de suministro y las plantas de tratamiento de agua y de aguas residuales también suelen encontrarse fuera de los límites de la ciudad.

Por estas razones, los enfrentamientos en lugares distantes también pueden tener consecuencias importantes para los residentes urbanos. Cuando las hostilidades llegan a la propia ciudad, las líneas del frente entre las partes opositoras a veces atraviesan las líneas eléctricas, de agua y de saneamiento que distribuyen esos servicios en la ciudad, y las redes eléctricas y de agua interdependientes pueden caer en manos de facciones armadas diferentes. Por consiguiente, mantener a las personas vivas y sanas durante conflictos prolongadas es una tarea extremadamente compleja.

ONDAS DE CHOQUE

Los devastadores efectos del empleo de armas explosivas con amplia zona de impacto en la guerra urbana

Con demasiada frecuencia, en los conflictos que se desarrollan hoy en Oriente Medio se emplean armas explosivas con amplia zona de impacto en zonas pobladas, con consecuencias devastadoras para los civiles y la infraestructura civil.

Un arma explosiva puede afectar una zona amplia por su gran radio destructivo, por la imprecisión del sistema de lanzamiento o porque dispersa numerosas municiones sobre una superficie amplia. Entre esas armas se cuentan las bombas y misiles de gran tamaño, con inclusión de bombas y misiles “inteligentes” guiados por láser; los sistemas de fuego indirecto, como los morteros, cohetes y piezas de artillería no guiados; los lanzadores múltiples de cohetes; y ciertos tipos de artefactos explosivos improvisados.

Estos explosivos no solo matan con su estallido, sino también porque lanzan fragmentos del encamisado de la munición o fragmentos secundarios en todas direcciones²⁹.

En la guerra urbana, los enfrentamientos tienen lugar en barrios donde los combatientes están mezclados con los civiles. Incluso cuando apuntan a un objetivo militar, es probable que las armas explosivas con amplia zona de impacto causen efectos indiscriminados en zonas pobladas. Por el hecho de que los objetivos militares lícitos se hallan mezclados con los civiles y con sus viviendas, hospitales y escuelas, esas armas tienen consecuencias devastadoras para la población civil.





Un edificio civil parcialmente destruido, en la ciudad de Taiz, arrasada por la guerra. Diciembre de 2016.

MÁS ALLÁ DE LA ZONA DE IMPACTO

El uso de armas explosivas con amplia zona de impacto puede ocasionar diversas consecuencias de largo plazo para una ciudad, más allá de las víctimas y la destrucción causadas dentro de la zona inmediata al impacto. Cuando se daña o destruye la infraestructura civil básica, se altera o se interrumpe el funcionamiento de los servicios esenciales, lo cual causa a los civiles daños graves e intensos, entre ellos, lesiones y muerte.

La destructividad de los bombardeos sostenidos e intensos es la razón principal por la que las personas huyen de sus ciudades. La consecuencia

de la destrucción casi completa de algunos barrios urbanos es que, incluso si cesaran los enfrentamientos, numerosas personas que escaparon de ciudades como Homs, Ramadi, Alepo y Taiz no tendrían adónde volver.

Estas son algunas de las razones por las cuales el CICR y el Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja instan a las partes en conflictos armados a evitar el empleo de armas explosivas con amplia zona de impacto en zonas densamente pobladas³⁰.

ARMAS QUÍMICAS

Pese a su prohibición absoluta, las denuncias acerca del uso de armas químicas siguen siendo frecuentes

Las reiteradas denuncias acerca del uso de agentes de guerra química y del empleo de cloro como arma química en Irak y Siria son extremadamente preocupantes. El DIH establece la prohibición absoluta de las armas químicas y todas las partes deben abstenerse de utilizarlas. Los equipos del CICR siguen de cerca estas cuestiones y recuerdan a todas las partes en los conflictos esta prohibición absoluta, así como su obligación de respetar el derecho internacional.

Los agentes químicos tóxicos o patógenos biológicos no solo son potencialmente dañinos o incluso letales para la persona directamente afectada, sino que pueden también contaminar a los trabajadores de la salud, las ambulancias, los quirófanos e incluso hospitales enteros, inutilizando estas instalaciones críticas en el preciso momento en que son más necesarias. Esta preocupación no es meramente hipotética, como quedó demostrado recientemente por el uso aparente de una sustancia química tóxica en Mosul, donde 15 pacientes, entre ellos niños, ingresaron al hospital presentando síntomas clínicos consistentes con la exposición a una sustancia química vesicante³¹.

La multiplicación de los conflictos urbanos también ha inducido a las organizaciones humanitarias a replantearse y mejorar sus métodos para ayudar a las ciudades a prepararse para la violencia intensa y mitigar los riesgos. En Irak y en Ucrania, una de las medidas aplicadas por la Unidad de Contaminación por Armas del CICR es identificar las plantas industriales y otros lugares donde podrían almacenarse sustancias químicas tóxicas y otros materiales peligrosos. Esta información podría ser de vital importancia en el momento de prepararse para el caso de tener que asistir a grandes números de víctimas causadas por el bombardeo accidental o intencional de plantas industriales situadas cerca de zonas pobladas urbanas.

También en Irak, la Unidad de Contaminación por Armas del CICR colabora con hospitales y centros de salud para ayudarlos a fortalecer su capacidad de asistir a grandes números de víctimas causadas por el uso de armas explosivas convencionales o de sustancias químicas tóxicas. Asimismo, ha proporcionado a dos centros de salud cercanos a Mosul formación y equipamiento para tratar a pacientes contaminados por sustancias químicas tóxicas y agentes de guerra química.



Los expertos en contaminación por armas del CICR imparten formación al personal de un centro de salud cercano a Mosul, Irak, acerca de las medidas de seguridad que se deben adoptar para atender a personas que han sido expuestas a sustancias químicas tóxicas o a agentes biológicos. Noviembre de 2016.

UN LEGADO MORTÍFERO

Las municiones sin estallar siguen matando incluso después de terminadas las hostilidades

Se estima que entre el 10% y el 15% de las bombas, cohetes, proyectiles de artillería y submuniciones de las bombas en racimo no estallan en el momento del impacto. Quedan ocultas bajo la tierra o enterradas entre los escombros y representan un grave peligro para las personas que viven en zonas urbanas afectadas por conflictos.

Estos artefactos sin estallar también amenazan la seguridad de las personas que realizan tareas de rescate inmediatas o trabajos de más largo plazo para restablecer los servicios o hacer que las carreteras vuelvan a ser transitables y los edificios habitables.

Por este motivo, la Unidad de Contaminación por Armas del CICR trabaja, cuando es posible –en Irak, por ejemplo– para localizar, retirar y destruir los artefactos sin estallar. Asimismo, colabora con asociados locales, entre ellos las Sociedades Nacionales de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, para informar a la población acerca de los peligros que representan esas armas.

Las tareas de reconstrucción de largo plazo de los barrios urbanos contaminados por municiones sin estallar son peligrosas y de alto costo, debido a las precauciones que se deben tomar para asegurar que todas las zonas se hallen en condiciones seguras antes de que comiencen a trabajar las maquinarias y equipos de remoción de escombros.

Un delegado de contaminación por armas del CICR rastrilla la tierra para encontrar bombas sin estallar, en la zona contigua a una planta de agua próxima a Mosul, Irak. Febrero de 2017.





Sadá. Dos colaboradores del CICR evalúan la destrucción causada por el conflicto en curso. Julio de 2015.

La ciudad yemení de Sadá, gravemente contaminada por restos explosivos de guerra, también se ha visto muy afectada por el uso de municiones en racimo. La ciudad es representativa del extenso legado letal de estas armas en distintas partes del país. La situación ha superado la capacidad del Centro Ejecutivo de Acción contra las Minas de Yemen para responder y retirar los artefactos en condiciones seguras. En los últimos meses, varios miembros del personal de desminado han muerto en incidentes relacionados con estas armas. Tanto el número de armas usadas como, en muchos casos, su complejidad tecnológica presentan problemas importantes y de largo plazo que exigen una acción urgente y concertada.



Un niño sentado entre las ruinas de su casa familiar, en Yemen. Julio de 2016.

EL IMPACTO EMOCIONAL, PSICOLÓGICO Y PSICOSOCIAL

“VI CÓMO YO MISMO ME QUEBRABA”

Más allá de las lesiones físicas, los conflictos urbanos prolongados causan heridas psicológicas muy reales y duraderas

El impacto emocional, psicológico y psicosocial de un acontecimiento traumático puede durar mucho tiempo y, en algunos casos, toda la vida. Para las personas atrapadas en conflictos urbanos prolongados, los episodios de terrible violencia o brutalidad pueden ser una realidad que deben soportar casi todos los días y, a veces, varios años.

Para muchas personas como Mahmoud* y Om Ali*, ese trauma viene seguido por la inestabilidad y la inseguridad constantes que acompañan el desplazamiento de largo plazo. Junto con sus dos hijos, la pareja abandonó su hogar en la ciudad de Taiz (Yemen) cuando resultó destruido por los enfrentamientos.

Reasentados en la ciudad de Saná, deben esforzarse para conseguir incluso lo más básico –alimentos, ropa y educación– para sus hijos. “Esto me ha afectado psicológica, física y moralmente”, dice Mahmoud, el esposo. “Toda mi vida ha cambiado. Cuando mis niños necesitan algo y no lo tengo, me siento frustrado. Me he muerto muchas veces”.

Om Ali también ve el impacto de la guerra en el bienestar psicológico de toda la familia. “Mis hijos están profundamente afectados”, señala, añadiendo que su hijo mayor ha dejado de asistir a la escuela debido a problemas psicológicos. “Mi esposo trabajaba, pero, debido a la guerra, está desempleado. Ahora sufre problemas mentales y golpea a sus hijos”.



Una joven en el campamento de Debaga, que acoge a las personas desplazadas por los enfrentamientos en Mosul, Irak. Noviembre de 2016.

Cuando las personas pierden tanto, a menudo sienten que se les arrebatan también su autoestima y su bienestar. Sami* tiene 27 años y ahora vive en Beirut (Líbano), donde lucha por alcanzar una sensación de normalidad. “Solo quiero estar bien. Es difícil estar ‘bien’ cuando uno ha visto tanto. Vi morir a mi ciudad. Vi cómo yo mismo me quebraba. No sé si algún día volveré a estar bien, pero es lo que deseo”.

Enfrentados a circunstancias extremas, los civiles y las comunidades muchas veces demuestran notable resiliencia y adaptabilidad. Pero es muy difícil mantener esa actitud durante un conflicto en curso: la incesante preocupación por la seguridad de los seres queridos y la ansiedad constante acerca de cómo obtener alimentos y otros elementos básicos exacerba todas las dificultades personales asociadas con una situación obviamente traumática. Algunas personas reaccionan con ira o desesperación, pero otras se resignan silenciosamente a sus circunstancias. Son comunes los sentimientos de intensa congoja y de temor.

Si bien casi todas esas personas podrán seguir funcionando y afrontar el sufrimiento intenso que han soportado, otras sufren traumas psicológicos incapacitantes. El daño psicológico provocado por la guerra urbana es distintivo a causa de varios factores. Debido a la proximidad de los enfrentamientos y a las constantes explosiones, las personas en zonas densamente pobladas

están continuamente expuestas a situaciones horribles en las que muchas personas mueren o quedan gravemente heridas. La ausencia de zonas “seguras” donde las personas pueden estar tranquilas, la alteración de la vida social y familiar y la falta de servicios básicos, como la asistencia de salud y la educación, pueden agravar el impacto psicológico.

Al mismo tiempo, habida cuenta de la magnitud de las necesidades potenciales, los sistemas de salud locales en los países afectados, así como los países que reciben personas que huyen del conflicto, a menudo carecen de la capacidad suficiente para identificar o brindar el apoyo apropiado a las personas que sufren necesidades derivadas del conflicto. En casi todas las ciudades que sufren conflictos, el colapso de la economía local y el incremento de la demanda también han afectado los servicios de salud mental. Incluso en el mejor de los casos, esos servicios no cuentan con suficientes recursos y el conflicto exacerba el problema, ya que los profesionales se cuentan entre las personas obligadas a huir de los enfrentamientos. Un grupo de Estados y actores no gubernamentales están aunando esfuerzos para ayudar a salvar esta brecha. Varias organizaciones humanitarias, entre ellas el CICR y las Sociedades Nacionales de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja asociadas, prevén aumentar los servicios que ofrecen. Sin embargo, la inversión que se necesita en este ámbito es mucho mayor.

CRECER A LA SOMBRA DE LA CRISIS

Los niños son particularmente vulnerables, pero los servicios disponibles –como los de orientación o terapia– para ayudarlos a elaborar sus sentimientos son pocos, y todos los elementos de una niñez normal, como la escuela y el juego con amigos, están ausentes o su continuidad se ha alterado. “Mi hija de 11 años y mi hijo de 5 no tuvieron una infancia normal”, dice un hombre de Aleppo. “Tuvieron experiencias aterradoras. Hamodeh, mi hijo, de vez en cuando sufre ataques de pánico. Cada vez que escucha un ruido fuerte, incluso el de una puerta que se cierra, corre a esconderse”.

La ausencia de educación, de oportunidades de empleo, de acceso a actividades culturales y recreativas como los deportes, la falta de tratamiento para jóvenes perturbados cercanos a la adultez: todos estos factores crean una presión psicológica que puede conducir a buscar alivio en la pertenencia a pandillas, la violencia sexual y de otro tipo, y otros comportamientos delictivos.

Las personas que afrontan la pérdida o la desaparición de seres queridos soportan tormentos muy particulares. Maggie Andriotti, residente de Beirut, perdió dos hijos durante la guerra civil en Líbano: uno a causa de la explosión de un cohete y el otro debido a una enfermedad tratable que no pudo ser atendida porque las hostilidades en su barrio impidieron a Maggie llevarlo a un centro de salud a tiempo. Pero la angustia de no saber qué pasó con su tercer hijo supera el dolor que siente por la pérdida de los otros dos. Ese hijo desapareció en 1978, durante los enfrentamientos en Beirut, y nunca tuvo noticias de él. Tenía solo 16 años.

“Al principio, la madre de un hijo muerto no duerme, pero con el tiempo, vuelve a dormir de noche”, dice Maggie. “Pregúntenmelo a mí: yo perdí dos. Pero la madre de un hijo desaparecido ya no vuelve a dormir. Pregúntenme de nuevo: yo perdí uno”.

Un hombre y su hija frente a viviendas dañadas, en un barrio de Saná, Yemen. Mayo de 2015.



Las mejoras en la vida cotidiana de las personas pueden proporcionar alivio emocional y psicológico, por ejemplo, cuando obtienen noticias claras acerca de lo que sucedió con sus seres queridos desaparecidos o cuando se satisfacen algunas necesidades básicas, como la vivienda, la alimentación, el agua potable o la asistencia de salud.

Abu Hani, vendedor ambulante del casco antiguo de la ciudad de Homs, en Siria, ya vivía sumido en una ansiedad constante y luchaba con las dificultades cotidianas de encontrar alimentos en una ciudad sitiada, cuando sus peores temores se hicieron realidad: un cohete impactó contra la casa de su familia y causó la muerte de su esposa y de su hijo pequeño.

En la explosión, Hani sufrió la fractura de una pierna y ya no puede trabajar. Además de lidiar con el recuerdo del horror de ese día y el dolor de haber perdido a su esposa y a su hijo, ahora

está solo para cuidar de sus tres hijas. “Como no trabajo, dependemos de la caridad”, dice Hani.

Estas circunstancias generaron en Abu Hani una intensa presión psicológica. Sin embargo, cuando sus hijas finalmente pudieron volver a la escuela, por ejemplo, sintió algo de esperanza. A menudo, las soluciones como esta solamente son posibles cuando terminan las hostilidades, cuando las familias se sienten seguras otra vez y cuando las personas realmente pueden comenzar a reconstruir sus vidas.

“Hasta el día de hoy, mis hijas se despiertan por la noche, asustadas. Quieren estar con su madre. La extrañan. Todos la echamos de menos. Pero me hace feliz verlas crecer e ir a la escuela. Están recuperando su vida. Dos de ellas toman clases de actuación. Hace unos días, participaron en una obra de teatro y veo que, para ellas, la vida comienza a evolucionar”.

* Nombres ficticios



“Al principio, la madre de un hijo muerto no duerme, pero con el tiempo, vuelve a dormir de noche. Pregúntenmelo a mí: yo perdí dos. Pero la madre de un hijo desaparecido ya no vuelve a dormir. Pregúntenme de nuevo: yo perdí uno.”

— Maggie Andriotti, con una foto de su hijo desaparecido.

“NO OLVIDARÉ, NUNCA PODRÉ HACERLO. PERO TRATARÉ DE PERDONAR”

La guerra civil libanesa, librada mayormente en zonas urbanas, ofrece muchas enseñanzas acerca de los costos de los conflictos que se desarrollan en zonas densamente pobladas y en barrios urbanos muy diferentes entre sí. Una enseñanza clave: para revitalizar las comunidades urbanas, hace falta mucho más que la mera reconstrucción de los edificios.

“La guerra transforma a la sociedad, pero, en vez de promover el desarrollo y el progreso, los países terminan pagando un precio altísimo: las ciudades son destruidas, los barrios se dividen, la economía queda en ruinas y todas las acciones realizadas durante la guerra tienen un costo... Inmediatamente después de una guerra, no se puede hablar de optimismo, sino de cómo pagar ese enorme costo. Aprender de las experiencias del pasado como la de Líbano es fundamental para los conflictos en Siria, Irak y Yemen”.

— Entrevista con el profesor Fawaz Trabulsi, historiador, exdirigente político libanés y autor de numerosos libros sobre cultura, política e historia árabes, entre ellos *A History of Modern Lebanon*



Tras un conflicto, se pueden reconstruir los edificios e incluso los barrios, pero quizá ya no sea posible restaurar la totalidad del tejido social de una ciudad, su memoria colectiva y la red de relaciones que la hacía funcionar, porque muchas personas se han ido o han muerto; además, las relaciones entre los diferentes grupos quizá hayan cambiado.

La guerra civil libanesa, que duró 15 años y finalizó en forma efectiva mediante un acuerdo de paz firmado en 1989, causó graves daños en muchas zonas pobladas, principalmente en Beirut. La guerra también dividió y fracturó su población, caracterizada por su gran diversidad, en formas que siguen perdurando. ¿Qué nos puede enseñar Líbano acerca de cómo mitigar el sufrimiento en el período posterior a un conflicto y ayudar a reconstruir las comunidades urbanas desgarradas por la guerra?

Los que han estudiado la situación posterior a la guerra de Líbano dicen que la reparación

de las fracturas causadas por la guerra implica el restablecimiento de la cohesión social y la reconstrucción de las comunidades. Esas acciones deben realizarse de inmediato, incluso si existe la probabilidad de que sean socavadas por tensiones nuevas o no resueltas y por la desconfianza y los traumáticos y prolongados efectos de la guerra.

Según los expertos, a través de esas acciones se debe asegurar que las personas que huyeron sientan que pueden regresar en condiciones seguras y que serán bienvenidas, independientemente de sus creencias políticas, su clase social o la religión que profesan. Las instituciones clave, como las instituciones educativas, pueden ayudar a fomentar la cohesión social. Claro está que también pueden perpetuar las divisiones. La participación de la sociedad civil y de las comunidades locales también es un factor esencial. La reintegración social de los excombatientes es un tema que se debe abordar desde el principio.

LA EXPERIENCIA DE LÍBANO

Por su duración e intensidad, la guerra civil libanesa tuvo un impacto enorme en la economía nacional. La infraestructura, la producción agrícola y la base industrial del país³² sufrieron graves daños y la emigración de cientos de miles de libaneses instruidos paralizó las actividades en numerosos ámbitos profesionales importantes³³.

Las cifras de desplazados, heridos o muertos muestran amplias diferencias³⁴, pero el enorme y duradero impacto demográfico, social y psicológico del conflicto está más allá de toda discusión. La guerra afectó tanto a las ciudades como a la campiña, pero Beirut fue uno de sus teatros principales. La militarización de la sociedad y la



proliferación de milicias y de partes beligerantes, así como su proximidad a las zonas o comunidades civiles, sobre todo en las ciudades, son fenómenos muy similares a los que hoy se observan en otras guerras urbanas en Oriente Medio.

Incluso ahora, más de dos décadas y media después de finalizadas las hostilidades, las violaciones cometidas por todas las partes, las vidas que se perdieron y las personas desaparecidas, los daños causados a la infraestructura urbana, la declinación de la educación inclusiva y la ausencia de medidas concretas para encarar las profundas divisiones en la sociedad siguen perturbando la vida en Líbano.

LA DESHUMANIZACIÓN DEL “OTRO” Y LA PROFUNDIZACIÓN DE LAS DIVISIONES

Una de las similitudes entre la experiencia libanesa y los conflictos modernos –que no se limita a los conflictos urbanos– es la facilidad con la que las distintas partes lograron deshumanizar a sus adversarios invocando motivos ideológicos, políticos, étnicos y religiosos. Esto fue muy notorio en las ciudades, donde la población suele ser mucho más heterogénea que en las zonas rurales y donde las comunidades normalmente se mezclan y viven muy cerca unas de otras.

“Durante la guerra en Líbano, las partes empleaban descripciones sectarias o religiosas contra las otras”, explica el profesor Trabulsi. “Se comenzó a etiquetar a las comunidades como ‘palestinos’, ‘sunitas’, ‘chiítas’ o ‘drusos’. El individuo pasó a ser representante de un grupo, lo que permitía entonces reducir el grupo a un individuo. Hubo secuestros, secuestros en represalia, asesinatos, coches bomba dirigidos contra objetivos civiles en vez de militares... Estos episodios desmoralizaban a los combatientes enemigos, pero no producían ninguna ventaja militar verdadera”.

A lo largo de la guerra en Líbano, el desplazamiento de las personas estuvo estrechamente ligado a actos de violencia contra las comunidades. Los grupos procuraban obtener el control de zonas geográficas, que luego organizaban conforme a lineamientos sectarios o religiosos. Las zonas se dividían físicamente; se instalaban puestos

de control y se cobraban tasas para permitir el ingreso. La división de la ciudad en Beirut oriental y occidental es un claro ejemplo de esta política. Esas divisiones geográficas se mantuvieron durante los años posteriores a la guerra.

Hoy, se observan tendencias similares en otras regiones. En Yemen, por ejemplo, las tensiones entre los grupos tribales y entre los grupos del norte y del sur se están agudizando más aún debido a las características de los desplazamientos. Como señala el profesor Trabulsi, antes de la guerra, numerosos norteros residían en Adén, que se halla en el sur. Cuando estalló la violencia, se los comenzó a atacar para obligarlos a irse. Muchos regresaron al norte y otros abandonaron el país.

El conflicto en Yemen ha destruido la coexistencia de los diferentes grupos y ha eliminado su proximidad física. Las ciudades han adquirido identidades nuevas debido a otros movimientos de población. Muchos habitantes de las ciudades yemeníes se han desplazado a zonas rurales, donde todavía pueden obtener alimentos mediante la agricultura y por otros medios. El creciente riesgo de hambrunas, las obstrucciones al paso de bienes y el asedio a las ciudades han impulsado a las personas a huir de las ciudades. A la inversa, debido a la violencia, muchas otras personas escaparon de sus aldeas y se refugiaron en las ciudades. Ver la sección sobre personas desplazadas, página 46.



B. Hirschmidt/OCOR

Como se desprende claramente de la experiencia de Líbano, la reconstrucción resulta mucho más difícil si las divisiones geográficas no se encaran una vez terminadas las hostilidades. Tras la firma del acuerdo de paz, esas comunidades cerradas, por llamarlas de alguna manera, se arraigaron con mayor fuerza cuando los dirigentes políticos aceptaron la idea de la rehabilitación separada, según explica Elizabeth Picard³⁵, autora y reconocida estudiosa de la problemática de Oriente Medio.

“Este es un proceso que el país nunca pudo superar por completo”, señala. “La prioridad era poner fin a las hostilidades y aceptar que cada parte se reagruparía en su microterritorio. Sencillamente, ‘congelaron’ la situación en lugar de solucionarla”.

Se alentó a las personas a permanecer entre quienes compartían sus creencias políticas y su identidad religiosa, en vez de recrear los barrios mixtos característicos de los años anteriores a la guerra. “Al principio, hubo algunos intentos por contrarrestar esta situación, sobre todo por parte de jóvenes activistas que deseaban aprender de la

guerra civil y seguir adelante”, añade la señora Picard. “Pero los políticos locales e internacionales no prestaron atención a su llamamiento y, poco tiempo después, la ventana de oportunidad se cerró”.

Sumadas a la falta de incentivos políticos, las traumáticas experiencias de la guerra ayudan a explicar por qué muchas personas no regresaron de buena gana a sus lugares de origen. “Hay varios lugares adonde las personas no volverán jamás”, dice George Kettaneh, actual secretario general de la Cruz Roja Libanesa, que, durante la guerra, se desempeñó como socorrista. “No es una cuestión de tiempo ni de generaciones; es que han decidido reconstruir sus vidas en otro lugar”.

Los políticos y la comunidad internacional deben tomar nota de esta incapacidad de encarar y reconstruir las relaciones y la confianza. Si lo hacen, ello no solo será beneficioso para las futuras iniciativas de reconciliación, sino que también servirá para asegurar que las personas puedan regresar a sus lugares de origen si así lo deciden, independientemente de su filiación política y de sus creencias religiosas.

“La recuperación de una ciudad exige más que la mera reconstrucción de sus edificios e infraestructura”, señala la señora Picard, añadiendo que las ciudades se pueden reconstruir con la intención expresa de ayudar a reparar el tejido social. “La planificación urbana es esencial para restaurar la estructura social de una ciudad. En Líbano, después de la guerra no se aplicaron verdaderas políticas de planificación urbana. A menudo, la propiedad de los inmuebles reflejaba los intereses económicos de los ricos y la reconstrucción se realizó de manera tal que los barrios se mantuvieran homogéneos y las comunidades divididas, pero seguras”.

En otras ciudades que actualmente sufren una guerra, estas no son preocupaciones teóricas: la diversidad que en el pasado fortaleció a una ciudad puede rápidamente transformarse en líneas de falla. La ciudad iraquí de Mosul, por ejemplo, era conocida por su diversidad étnica y religiosa y contaba con la segunda universidad del país.

Desde 2003, esto ha cambiado notablemente y muchos de los que conformaban este tapiz de rica diversidad se han ido. En la atmósfera

de inestabilidad que prevalece en el país, las relaciones entre los diferentes grupos étnicos se han ido tornando más complejas. La violencia que persiste en distintas zonas y la forma en que se conducen las hostilidades han deteriorado visiblemente la cohesión social.

Según Dany Merhy, coordinador del CICR sobre el terreno en Erbil, Irak, algunas ciudades exhiben una mayor segregación y se están organizando conforme a pautas étnicas o religiosas. La actual conducción de las operaciones militares en Mosul, así como los esfuerzos que se hagan una vez finalizadas las hostilidades, podrían ser esenciales para garantizar la coexistencia pacífica en el futuro.

En algunas ciudades de Oriente Medio, los conflictos y la inseguridad crónica han dado lugar a la aparición de numerosas facciones armadas. Muchas rivalizan entre sí, pero todas se han alineado contra un enemigo común. Este estado de cosas plantea graves interrogantes acerca de lo que sucederá cuando termine el conflicto principal.

LA PARTICIPACIÓN DE EXPERTOS LOCALES

Cualesquiera sean las soluciones que se elaboren, es fundamental escuchar y participar en el trabajo de los grupos locales ya abocados a estabilizar sus comunidades. A menudo, surgen iniciativas y movimientos locales que llenan el vacío creado por la ausencia de servicios estatales. En las ciudades, esos grupos locales están en la mejor posición para comprender las necesidades de los residentes y de los barrios.

Durante la guerra civil libanesa, hubo miembros de la sociedad civil que salieron a las calles para promover la paz y exigir una solución política al conflicto. En Siria, ha aparecido otro fenómeno social, menos visible pero de gran importancia: el surgimiento de consejos locales de las ciudades, o *tansiqiyat*, como se los conoce localmente, que

desempeñan un papel cívico más estratégico en la provisión de servicios y en la ayuda a las comunidades afectadas por el conflicto armado.

Los *tansiqiyat* son extremadamente receptivos y tienen presencia tanto en zonas controladas por la oposición como por el gobierno, donde ayudan a organizar la asistencia local y a facilitar la reconstrucción. “Estos actores sumamente emprendedores, así como otros grupos basados en las comunidades, son absolutamente esenciales para el futuro de estas ciudades. Se los debe consultar y se debe promover su participación para que ayuden a reconstruir las ciudades más adelante”, explica Elizabeth Picard. “Los enfoques verticalistas, por sí solos, no funcionarán”.

CREACIÓN DE INSTITUCIONES INCLUSIVAS: RECONSTRUIR LA EDUCACIÓN

Las recientes guerras regionales tuvieron graves consecuencias para la educación. Por una parte, los ataques –intencionales o indiscriminados– contra las instalaciones de educación han causado daños inmensos y numerosas víctimas, así como el agotamiento de los recursos. Las precarias condiciones de seguridad y la violencia han tenido otras consecuencias más: la irregularidad en la asistencia a clases, el desplazamiento de estudiantes y de docentes y la reducción de los ingresos (por cuya causa, las familias retiran a los niños de la escuela).

El restablecimiento de las oportunidades de educación, incluso durante los conflictos, es fundamental y las comunidades lo mencionan con frecuencia como una de sus prioridades, junto con la alimentación, la seguridad y la asistencia de salud. La guerra civil en Líbano causó una importante “fuga de cerebros”, ya que buena parte de su elite instruida emigró, incluso después del final de la guerra³⁶. La misma emigración tiene lugar en Irak desde hace décadas; Siria y Yemen la comenzaron a experimentar más recientemente.

La educación ha sido una de las principales víctimas de la guerra en Siria. Este es otro duro golpe sufrido por los jóvenes sirios y constituye una de las causas de la emigración masiva de jóvenes.

Antes de la guerra, el Estado aportaba el 99% de los fondos necesarios para mantener el sistema educativo. “Hoy, hay una generación de niños que no tienen educación o tienen una educación deficiente”, señala Elizabeth Picard. “Es una cuestión de máxima importancia para las jóvenes generaciones de Siria y para su futuro, y requiere atención urgente”.

Aparte de su importancia para el futuro del país, las entidades educativas cumplen una función vital en el aglutinamiento de los diversos sectores sociales. La Universidad Libanesa reunía en su seno a estudiantes de religiones, sectas y regiones diferentes. “Pero eso cambió con la guerra”, acota el profesor Trabulsi. “La Universidad se dividió, y las escuelas y las universidades se privatizaron. Esto, en lugar de acortar las diferencias, las profundizó. Los sistemas educativos de posguerra deben desempeñar un papel clave en la creación de oportunidades para el intercambio y el encuentro”. Esta idea es tanto o más importante en las ciudades tradicionalmente diversas, puesto que las ayudaría a seguir adelante y a dejar atrás las divisiones.

Cuando termina el conflicto, ¿dónde van los combatientes? Las autoridades también deben abordar otra cuestión fundamental: ¿qué se debe hacer para reintegrar a quienes participaron en las hostilidades? Muchos de ellos tal vez se sumaron a los grupos armados para defender sus barrios y a sus familias, por ejemplo. Algunos se incorporaron cuando eran muy jóvenes y quizá crecieron rodeados por la violencia. Tras la guerra civil libanesa, numerosos combatientes fueron absorbidos por el ejército nacional; los casos de rehabilitación y reintegración de combatientes fueron muy pocos.

“¿POR QUÉ NO IBA A LUCHAR PARA PROTEGERME A MÍ MISMO Y A MI FAMILIA?”

En sus propias palabras

Ibrahim*, que luchó en la guerra civil libanesa

“Tenía 22 años y era un hombre sano. ¿Por qué no iba a luchar para protegerme a mí mismo y a mi familia? Vivíamos cerca de Beirut. De pronto, había peligro en todas las direcciones. No podía uno moverse sin pensar que quizá iba hacia la muerte. Ir a comprar el pan era como una misión suicida. ¿Escuelas? Olvídelo. Todo cambia. Todo se detiene, salvo la muerte y la miseria, que abundan por todas partes.

“Dicen que la guerra es el infierno. Pero uno ve morir a sus camaradas, oye que otro amigo más ha desaparecido... ¿cómo puede uno prepararse para eso? No se puede. Quizás debiera haber evitado algunos lugares. Si lo hubiese hecho, no habría visto las cosas que vi”.

“No somos monstruos, somos seres humanos, y también lo son los que pelean del otro lado”

“Antes de la guerra, nadie imaginaba que, de pronto, estaríamos luchando contra otro grupo. El entrenamiento comenzó con la guerra. Cuanto mayor el rango que alcanzábamos, tanta más instrucción recibíamos, porque teníamos que dar órdenes. Yo recibí instrucción. Sabía qué era un objetivo y qué no lo era. Las escuelas, las ambulancias y los hospitales obviamente no constituyen objetivos, de modo que ordenábamos a los soldados de menor rango que los evitaran a cualquier costo. Lógicamente, durante una guerra no se puede controlar a cada uno de los oficiales, pero se intenta hacerlo en la mayor medida posible. Teníamos que recordarles que no somos monstruos, somos seres humanos, y que también lo son los que pelean del otro lado”.

“Personalmente, el perdón me hizo la vida más fácil. Un día, me desperté pensando: ‘Quiero perdonar a todos los que me dispararon. No olvidaré, y de todos modos no podría hacerlo. Pero intentaré perdonarlos, y tal vez pueda romper la barrera que construí entre nosotros’”.

** Nombre ficticio*





LISTADO DE NOTAS AL PIE

- 1 Entre mayo de 2015 y mayo de 2016.
- 2 Las muertes relacionadas con los conflictos en Siria, Irak y Yemen representaron el 47% del total global entre 2010 y 2015 (datos hasta finales de 2014, sin incluir 2015). Esta estadística se basa en datos de la Secretaría de la Declaración de Ginebra, 2015, *Global Burden of Armed Violence 2015: Every Body Counts*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 3 Informe de Action on Armed Violence (AOAV), 22 de junio de 2015: *Explosive States: Explosive Violence in Populated Areas in 2014*. <https://aoav.org.uk/2015/explosive-states-explosive-violence-populated-areas-2014/>.
- 4 ACNUR, *Informe Tendencias Globales 2016*: <http://www.unhcr.org/news/latest/2016/6/5763b65a4/global-forced-displacement-hits-record-high.html>. Se accedió a todas las direcciones web en abril de 2017.
- 5 Según datos y estimaciones de principios de abril de 2017 del Centro de Monitoreo de Desplazamiento Interno (IDMC, por sus siglas en inglés) (<http://www.internal-displacement.org/database>), ACNUR (<http://www.refworld.org>) y la UNRWA, unos 17,4 millones de personas están actualmente desplazadas dentro o fuera de Irak, Siria y Yemen.
- 6 ACNUR: http://data.unhcr.org/syrianrefugees/regional.php#_ga=1.255086920.1950945305.1484762757.
- 7 Yemen tiene 2,2 millones de desplazados internos (datos preliminares del IDMC para 2016) y una población proyectada de 27,5 millones de habitantes. (<http://data.un.org/CountryProfile.aspx?crName=yemen>).
- 8 Irak tiene 3,3 millones de desplazados internos (datos preliminares del IDMC para 2016) y una población proyectada de 37,5 millones de habitantes (<http://data.un.org/CountryProfile.aspx?crName=iraq>).
- 9 Joanne Liu y Peter Maurer. "The airstrike on an Aleppo hospital is a wake-up call for the UN. It must act now", *The Guardian*: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/apr/29/aleppo-hospital-airstrike-un-syria>.
- 10 Número de víctimas actualizado al 1º de abril de 2017.
- 11 De conformidad con los principios rectores de la Oficina de las Naciones Unidas de Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA) sobre los desplazamientos internos, en particular la sección V, que versa sobre el regreso, el reasentamiento y la reintegración, y sus principios 28, 29 y 30: <http://www.ohchr.org/Documents/Issues/IDPersons/GPSpanish.pdf>. Por ejemplo, en el principio 28 se establece lo siguiente: "(1) Las autoridades competentes tienen la obligación y responsabilidad primarias de establecer las condiciones y proporcionar los medios que permitan el regreso voluntario, seguro y digno de los desplazados internos a su hogar o su lugar de residencia habitual, o su reasentamiento voluntario en otra parte del país. Esas autoridades tratarán de facilitar la reintegración de los desplazados internos que han regresado o se han reasentado en otra parte. (2) Se harán esfuerzos especiales por asegurar la plena participación de los desplazados internos en la planificación y gestión de su regreso o de su reasentamiento y reintegración".
- 12 Aproximadamente 467.000, según el último censo oficial de la población, realizado en 2004 (<https://www.citypopulation.de/Yemen.html>). Según algunas proyecciones, este número puede haberse triplicado con creces antes de estallar las hostilidades.
- 13 Las cifras del Grupo de trabajo conjunto OIM-ACNUR sobre Movimientos de Población (TFPM) de enero de 2017 indican que hay más personas desplazadas por el conflicto que provienen de la gobernación de Taiz (547.000) que de cualquier otra. Informe TPFM n.º 12, enero de 2017, pág. 12: <https://drive.google.com/file/d/0B6owQSRTCIGYQUl3MHZMN01RdEU/view?usp=sharing>.
- 14 Datos informados al CICR.
- 15 Organización Mundial de la Salud, 6 noviembre de 2017: <http://www.emro.who.int/media/news/survey-reveals-extent-of-damage-to-yemens-health-system.html>.
- 16 Esto es contrario a los requisitos establecidos por el DIH con respecto al tratamiento de las personas fallecidas. V. https://ihl-databases.cicr.org/customary-ihl/eng/docs/v1_cha_chapter35.
- 17 Vocero del Consejo Provincial de Anbar, 31 de diciembre de 2015: <http://www.aljazeera.com/news/2015/12/iraq-80-percent-ramadi-ruins-fighting-151231114030408.html>.
- 18 Para el 13 de marzo de 2017, de las más de 500.000 personas desplazadas durante la batalla por la ciudad de Ramadi, unas 300.500 ya habían regresado al distrito del mismo nombre. OIM, Lista maestra de los desplazamientos en Irak, <http://iraqdtm.iom.int/ReturneeML.aspx>, y [https://en.wikipedia.org/wiki/Battle_of_Ramadi_\(2015%E2%80%932016\)#cite_note-bombs_laid-29](https://en.wikipedia.org/wiki/Battle_of_Ramadi_(2015%E2%80%932016)#cite_note-bombs_laid-29).
- 19 OIM, Displacement Tracking Matrix (Matriz de seguimiento de los desplazamientos). En octubre de 2016, se estimaba que el número de los iraquíes que se habían desplazado en todo el país ascendía a 3,1 millones: <http://iraqdtm.iom.int/IDPsML.aspx>.

- 20 Antes del comienzo de la ofensiva iraquí contra Mosul occidental, que tuvo lugar el 19 de febrero de 2017, se estimaba que la población de la ciudad de Mosul oscilaba entre 1,2 y 1,5 millones de personas, y que solo 200.000 habían huido de la ciudad y de las zonas vecinas para mediados de enero, después de tres meses de hostilidades.
- 21 Organización Internacional para las Migraciones (OIM), Displacement Tracking Matrix (Matriz de Seguimiento de los Desplazamientos): <http://iraqdtm.iom.int/EmergencyTracking.aspx>
- 22 350.000 personas se desplazaron de la ciudad entre el 17 de octubre de 2016 y el 23 de marzo de 2017, aunque se estimaba que, para el 23 de marzo de 2017, ya habían regresado 76.000: <http://www.internal-displacement.org/assets/IDUs/20170330-idu-issue-13.pdf>.
- 23 Durante las guerras, hubo asedios en muchas ciudades modernas, desde Leningrado hasta los Balcanes (el sitio de Sarajevo duró casi cuatro años). Pero lo que hoy se observa es su creciente uso por las distintas partes en los conflictos armados en Oriente Medio. Toman diferentes formas, desde asedios parciales hasta totales, pero duran meses o años, a menudo con consecuencias nefastas para los civiles.
- 24 Esta cifra incluye los datos preliminares para 2016 elaborados por el Centro de Monitoreo de Desplazamiento Interno (IDMC) (<http://www.internal-displacement.org>), así como las cifras para estos países publicadas por ACNUR y la UNRWA el 9 de abril de 2017. La cifra total incluye a 400.000 refugiados palestinos bajo la responsabilidad de la UNRWA que resultaron desplazados debido a la crisis siria.
- 25 El equipo de la ONU para Irak, el UNITAR, el alcalde de Ramadi y el Ministerio de Salud de Irak.
- 26 El DIH protege a todos los objetos de carácter civil, en particular aquellos que son indispensables para la supervivencia de la población civil.
- 27 Para obtener más información sobre este tema, v. CICR, *Bled Dry: How War in the Middle East Is Bringing the Region to the Brink of a Water Catastrophe*, marzo de 2015: <https://www.CICR.org/en/document/bled-dry-how-war-middle-east-bringing-region-brink-water-catastrophe>.
- 28 Para consultar un análisis detallado de este tema, v. CICR, *Urban Services during Protracted Armed Conflict: A Call for a Better Approach to Assisting Affected People*, octubre de 2015: <https://www.CICR.org/en/document/urban-services-protracted-conflict-report>.
- 29 Para obtener más información, v.: <https://www.CICR.org/en/document/explosive-weapons-populated-areas-use-effects>.
- 30 CICR, *El derecho internacional humanitario y los desafíos de los conflictos armados contemporáneos*, XXXI Conferencia Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, Ginebra, Suiza, 28 de noviembre a 1º de diciembre de 2011, documento preparado por el Comité Internacional de la Cruz Roja, Ginebra, octubre de 2011, p. 45.
- 31 CICR, “Irak: el CICR condena categóricamente el empleo de armas químicas en los alrededores de Mosul”, 3 de marzo de 2017: <https://www.CICR.org/es/document/irak-el-cicr-condena-categoricamente-el-empleo-de-armas-quimicas-en-los-alrededores-de-mosul>.
- 32 American University Beirut: <http://ddc.aub.edu.lb/projects/pspa/kisirwani.html>.
- 33 Si bien las razones van más allá del legado de la guerra civil, incluso hoy la cuarta parte de la población libanesa vive en el exterior (aproximadamente 1,3 millones, de un total de 5,2 millones de habitantes), y la mitad de los jóvenes libaneses emigran a otros países tras haber obtenido un título.
- 34 Cuando finalizó la guerra, se estimaba que se habían desplazado dentro del país medio millón de personas y que habían muerto entre 48.000 y 250.000 de personas. Se estima que, durante la guerra, huyeron del país entre 600.000 y 900.000 personas, aunque muchas regresaron durante o después de la guerra. En 2004, el Ministerio de Personas Desplazadas de Líbano declaró que seguían desplazadas dentro del país 68.000 personas, aunque otros organismos estimaron que la cifra era casi diez veces mayor.
- 35 La Dra. Picard es directora de Investigaciones en el Instituto de Investigación y Estudios del Mundo Árabe y Musulmán, del Centro Nacional de Investigaciones Científicas, Aix-en-Provence.
- 36 Institute of Labor Economics, *Decision to Emigrate amongst the Youth in Lebanon*, documento de debate, serie IZA DP n.º 10493: <http://ftp.iza.org/dp10493.pdf>.

Foto, páginas 2-3:
Niños juegan en el casco antiguo de la ciudad de Alepo.
Enero de 2017.

Foto, páginas 72-73:
Personas paseando en bicicleta por la costanera de Beirut,
en la actualidad.

MISIÓN

El Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), organización imparcial, neutral e independiente, tiene la misión exclusivamente humanitaria de proteger la vida y la dignidad de las víctimas de los conflictos armados y de otras situaciones de violencia, así como de prestarles asistencia. El CICR se esfuerza asimismo en prevenir el sufrimiento mediante la promoción y el fortalecimiento del derecho y de los principios humanitarios universales. Fundado en 1863, el CICR dio origen a los Convenios de Ginebra y al Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, cuyas actividades internacionales en los conflictos armados y en otras situaciones de violencia dirige y coordina.

 facebook.com/CICRespanol
 twitter.com/CICR_es
 instagram.com/ICRC



CICR

Comité Internacional de la Cruz Roja
19, avenue de la Paix
1202 Ginebra, Suiza
T +41 22 734 60 01 F +41 22 733 20 57
shop@CICR.org www.cicr.org
© CICR, mayo de 2017